

PRIMEROS JUEGOS

Víctor Bórquez Núñez

PRIMEROS JUEGOS

(Versión definitiva)

PRIMEROS JUEGOS

**“No era ningún hombre lo que tú querías, créeme.
Tú querías un mundo”**

(Diótima a Hiperión)

PRIMEROS JUEGOS

ERA UN MUNDO...

Prólogo

“Criaturas de Aire denominé en mi primera aproximación al mundo literario de Víctor Bórquez Núñez, al conjunto de personajes que poblaron sus primeros cuentos contenidos en TROFEO DE CAZA (1985). Posteriormente, RITOS NOCTURNOS (1986), confirmó esta impresión primaria. Ahora, en su primera novela corta –si podemos llamarla así– la subrayo.

Son criaturas de aire los seres que dan calidad de vivencia al mundo borquezano pues, en último término, lo que se aprehende no son seres de carne y hueso sino el latir del tam-tam de una sensibilidad anormal para reflejar la verdad existente en el espejo que es la realidad circundante.

Ya en ésta, su tercera obra entrega artística, el escritor que es Víctor Bórquez Núñez madura en características propias que van avalando su temática y su mundo. La soledad, tan cara a Bórquez, se hace llaga y estupor y los encuentros inmerecidos con el asombro sólo se concretan en brevísimos instantes de inasible perfección. Toda ambientación concreta se descarta: una casona, una playa, unas rocas vistas en encuadres cinematográficos, sin referencia geográfica, sin descripción ambiental, pues los latidos del corazón expresados en el ritmo vertiginoso del tam-tam nocturno del instinto que nace ante el esplendor del cuerpo joven, no necesitan marco referencial pues están en el corazón de cada uno de los lectores que vivieron o pudieron vivir el impulso y el brillo de una estrella, quemándose en las manos, para después dejarla, porque la verdad del sol no puede apresarse para siempre.

Son instantes de eternidad los que va bordando Bórquez, pero gradualmente apegado a la dura realidad de la tierra. No se miente y no nos miente. Nos duele la cobardía de vivir de sus criaturas, las verdades encontradas en sus primeros juegos, porque sabemos que los juegos venideros, los segundos o terceros juegos, no serán otra cosa que el Juego de la Vida, cuando concordamos que Vida es sinónimo de Rutina, de Acomodo, de “Normalidad” dictada por un “qué dirán” provinciano del cual a veces ¡ay! pocos podemos salir.

*Al entregar su verdad transformada en Arte, delicada y certeramente, Víctor Bórquez Núñez es valiente. En **PRIMEROS JUEGOS**, esa verdad nos hace concluir que el protagonista no quería un hombre, sino un mundo. Un mundo. Una conclusión para ser conversada en la ternura cálida que tienen los encuentros de la amistad verdadera, pues el autor nos permite intuir tras su lectura, que nos aproximamos a Algo más perfecto que nunca será escrito.*

PRIMEROS JUEGOS

PRIMEROS JUEGOS es así una pequeña joyita en el quehacer artístico literario y marca con características propias y definitivas el mundo de Bórquez en que los espejos de la realidad y la fantasía van hilvanando lo inasible de la soledad interior: La única, la verdadera, de todas las patéticas criaturas de aire que no vivieron y que sólo con el transcurrir del tiempo podrán terminar sus pobres vidas repitiendo los versos nerudianos de la fiesta de amor / que no tuvimos”.

Luis Imerio Guardia Rocca
Director del Teatro Independiente del Ancla
Antofagasta, verano de 1986.

PRIMEROS JUEGOS

Para Laura Consuelo y Gladys.

**Y me dijo, citando a Menandro, que lo recordara siempre:
"Aquellos a quienes los dioses aman mueren jóvenes".
Pero entonces no lo podía comprender.**

PRIMEROS JUEGOS

Primera Parte

JUEGOS BLANCOS

PRIMEROS JUEGOS

1

DANILO me pregunta ahora quién es el caballero de la fotografía, ése que lleva puesto un gorro blanco y que me tiene abrazado, con una mirada azul y cristalina, en una playa que él no conoce y en un tiempo que no puede precisar por su corta edad. Un tío, le digo, y él me mira un instante, luego se da vuelta mirando hacia la calle y pierde todo interés en esa vieja foto que probablemente encontré en alguno de los cajones olvidados y ya apolillados de la pieza clausurada en el desván.

Un tío, le repito, tocándole sus cabellos rubios. Él no hace ningún gesto y se aleja de pronto, corriendo en busca de sus amigos y yo me quedo con la fotografía en mi mano y la mirada azul cristalina me obliga a recordar, pero yo no deseo rememorar ese verano; ese verano no, ahora no, no en este sitio, en esta silla de mimbre vieja que está ubicada a la salida de un patio de luz. No en esta hora de siesta, en que salvo Danilo correteando por la calle, parece no existir ningún otro mortal. Quiero cerrar los ojos y soñar con paisajes exóticos, con mundos distintos a esta realidad y evadirme, pero ahí está el tam-tam de los tambores, una y otra vez. Ese tam-tam que no permite concentrarme en mis ensoñaciones. Ese maldito sonido monótono que sacude la tierra, que agita la arena y que hace crepitar con más fuerza ese fuego abrasador. Ese tam-tam adherido a cada pedazo de mi piel, que jamás han de abandonarme.

Voy a tratar de ser fiel al ir ordenando el desarrollo de estos hechos aciagos. Y esta historia, Danilo, te la voy a dedicar a ti, para que se la cuentes alguna tarde de verano a tus hijos o a tus nietos, para que ellos te miren, como lo haces tú ahora desde la calle y crean que el viejo se ha vuelto loco de remate. Quiero dedicártela con toda mi alma y mi dolor, para que seas tú quien alguna vez puedas entender al viejo que se sentaba todas las tardes en el patio de luz y parecía naufragar, ir de un lado para otro, zozobrando en un mar de ensueño y sopor, con los ojos muy cerrados, ahogándose entre los pliegues de sus propios recuerdos y fantasmas.

Escucha bien, querido Danilo, porque cada palabra la tendrás que retener con celo para que no se la lleve el viento. Ahora, que estoy repasando cada uno de estos detalles comprendo que cuando fluye el tiempo, la memoria, no sé, algo de sus íntimos mecanismos se altera y nos juega bromas pesadas. Quisiera haber retenido cada minuto tal como fue, para poder volcarlo hoy, aquí, sin aviso previo. Pero ya ves, sólo aparecen pedazos irreconocibles, jirones inconsistentes, apenas algunas experiencias excitantes y nada más. Pero los años son poderosos y su fuerza es mucho mayor que la de los propios sentimientos y finalmente los determina.

PRIMEROS JUEGOS

Corre, eso es, corre por esas calles calurosas en esta hora quieta y grita. Sí, grita a todo pulmón mientras te voy narrando esta historia que no sé ni siquiera si es tal como la escucharás a través del viento humedecido por el sopor y las lluvias de otras estaciones, o si sólo responde a mis deseos por darte un tiempo que me has rescatado por medio de una foto vieja que creía extraviada para siempre.

Ese verano fue extremadamente caluroso, como ahora, lo recuerdo muy bien porque la tía Pocha, que estaba viviendo con nosotros en forma momentánea desde la muerte del tío, compraba todos los días en el negocio de la esquina unos helados multicolores y me invitaba para que conversáramos un momento en el patio, bajo la sombra de los árboles que ella tanto amaba. Ven cabrito, me decía, acompáñame, que éste es el único lugar agradable para poder quitarle el cuerpo a este tiempo infernal. Yo la miraba, tratando de llegar mucho más allá de sus arrugas finitas, de sus vestidos todavía oscuros y de su sonrisa serena.

- ¿Por qué no se acuesta a dormir la siesta, tía Pocha? ¿Le molesta acaso el ruido de la locomotora?

Ella sonreía, porque el viejo tren que puntualmente pasaba a la hora del sueño y que nadie sabía de dónde venía o dónde iba, no podría jamás haber inquietado a la tía. Ella era un ser que disfrutaba con los detalles insignificantes, cotidianos, con los ruidos y las tormentas.

- No cabrito, lo que pasa es que no puedo dormir porque la cama parece un horno. El calor se cuele por las paredes y casi me ahogo, ¿no te has dado cuenta?

Sí, yo también me daba cuenta de que ese verano estaba desacostumbradamente cálido porque a través de los vidrios de la cocina veía a la mamá transpirando, día tras día, mientras batía los huevos, ponía las manos en masas olorosas para luego trasladarlas a los moldes y tomaba el tiempo exacto de cocción. Y en esa forma inevitable, el grito interrumpía la tarde: ¡Daniel! ¡Daniel! ¿Dónde te has metido hijo? Y la tía Pocha se reía, divertida, porque sabía que yo detestaba salir a la calle con ese canasto lleno de dulces para ir a dejarlo a la pastelería, cuatro cuadras calle arriba, cruzando la línea del tren. En ese tiempo habría dado cualquier cosa para evitar ese paseo que yo sentía como un rito bochornoso y que coincidía con la reaparición de las personas otra vez en las calles, saliendo del sopor de la siesta prolongada. Pero lo hacía sin variación alguna, cada tarde, sin perderme siquiera el domingo. Cada grito de mamá era una estocada en mi orgullo.

Suena absurdo, lo sé, pero esa tarde cuando el papá apareció en la casa con su cara distinta, como queriendo reventar en confidencias, tuve el presentimiento vago de que detrás de esa máscara y mucho más allá de sus ojos pequeños y

PRIMEROS JUEGOS

negros, de su cabello ondulado, de su barba canosa y de sus arrugas, había signos inequívocos de cambios y alteraciones, como una de esas tormentas que se deslizan con disimulo por debajo de las puertas y nos rodean y atacan en nuestra propia habitación. Y papá abrió la boca y dijo todo y el vértigo inicial, la tormenta misma, se empezó a materializar y los preparativos para llegar a esta foto que ahora tengo en mi mano, Danilo querido, se fueron dando uno a uno igual que en esos rompecabezas que tú guardas en esas cajas llenas de juguetes. Porque ahora que estás en la calle corriendo, querido hijo, no puedes ver al papá, al viejo, llorar en silencio como un idiota porque no alcanza a comprender todo lo que pasó ese verano. Todo lo que perdió por seguir el curso del absurdo. Y sin embargo, sabe que todo podría haber sido distinto, de no existir esos tam-tam y esa arena y esa gran fogata y Gustavo, claro, Gustavo que está atrapado aquí, en esta fotografía, por tu culpa pequeño Danilo o por tu inocencia, no lo sé.

PRIMEROS JUEGOS

2

¿Cómo fuimos a dar a la casa de playa de Gustavo y su familia? Fue porque papá en esos días estaba trabajando como chofer para los integrantes de aquel hogar. Esa familia vivía hacia las afueras de la ciudad, en uno de los barrios más selectos y lejanos, por lo general cubierto por una especie de bruma que se podía distinguir desde la distancia. La mamá solía decir, comentando irónica, que hasta la naturaleza hacía distinciones con los de ese sector y el papá la quedaba mirando largo rato sin decirle una sola palabra, porque leía la rabia y la impotencia reflejadas en los ojos grandes de mi madre y porque sabía que en esas palabras ácidas había una cuota de verdad. Durante mucho tiempo él había estado con desesperación un buen trabajo. Y lo había conseguido. Al menos no se quejaba y el sueldo era bueno, pero cada minuto que mamá tenía era para reprocharle ese empleo, un trabajo de perros decía ella mientras horneaba sus dulces y se acaloraba en la cocina; un trabajo de brutos decía el papá cuando a veces, cansado y bebido más de la cuenta, llegaba extenuado y se dejaba caer en la mecedora mientras mi madre lo miraba sin decir absolutamente nada. En aquellas noches lejanas nosotros solíamos esperarlo para conversar con él, para contarle un sinnúmero de aventuras que habían ocurrido mientras él permanecía afuera, pero no podíamos hacerlo. Él ignoraba cualquier otro mundo que se apartara de su bebida y sus frustraciones y permanecía al margen, tratando de justificar su conducta con su agobiante trabajo del día.

En otras ocasiones, muy tarde, yo oía distorsionadas las discusiones en la cocina y en silencio me deslizaba hasta la ventana para escuchar la causa del alboroto, pero lo único que alcanzaba a ver era a mi madre llorando y a papá bebiendo callado, sin mirarla, tratando de ahogar sus recuerdos. Porque el papá había sido hijo único y malcriado de una familia que por unos negocios mal planificados había conocido, de súbito, la ruina: lo tuvo todo y todo lo derrochó, me decía la tía Pocha abanicándose para espantar el calor. Ella aseguraba que sus padres habrían sido capaces de darle hasta las estrellas si a él se le antojaba pedir las. Pero claro, mala cabeza, malos amigos, tú sabes cabrito, tú sabes, y se vino abajo completamente cuando la ruina mató a tus abuelos de pena. Doña Herminia siempre me decía cuánto sufría por él.

- ¡Ay, chatita, ay chatita, ¿qué irá a ser de mi niño? –solía preguntarme y sus ojitos que eran agüita clara se llenaban de lágrimas y yo me quedaba muda porque sabía perfectamente qué sería del niño. Sabía que no sería nada. Y así se les escurrió la vida a los viejos y tu padre, cabrito, se arruinó para siempre.

Yo conocía bien esa historia y sabía que era la verdad. Que papá había tenido todo y que lo había perdido de pronto, cuando la mamá todavía no

PRIMEROS JUEGOS

alcanzaba a acostumbrarse a la pobreza súbita y desde entonces vivía como sonámbulo, atemorizado de que lo fueran a reconocer en la calle y dijeran, miren, ahí va el pobre Manuel que a fin de cuentas no fue nadie, el pobre tonto de Manolo arruinado. Por eso cuando consiguió trabajo como chofer en la casa de Gustavo, la mamá lo miró de arriba abajo y luego desvió su mirada hacia mí y sólo repitió que era una labor de perros. Una dolorosa ironía, diría más tarde la tía Pocha, una jugarreta del destino. Él, que lo tuvo todo, que tuvo dos automóviles para pasear los fines de semana, ahora como un simple chofer en una casa de ricos. Y también en eso la tía Pocha tenía razón.

Por eso la cara del papá estaba tan extraña cuando regresó a casa con la novedad del viaje. Iríamos a la playa ese verano. Con ellos, adelantó la mamá y yo leí una expresión desconocida en su rostro, aunque quise atribuirle al resplandor del horno recién abierto, al calor, al viento que soplabá tan fuerte, a leves destellos que emergían de los ojos abiertos a la vida de mamá.

- El viejo, el dueño de casa está muy enfermo, muy cansado –explicó el papá- y necesita mucho reposo. Su señora no puede preocuparse de él porque se debe quedar a cargo de los negocios acá en la ciudad. Por ese motivo me han solicitado que lo ayudemos durante esta temporada.

La mamá no dijo nada pero su silencio pesaba, parecía una hoja afilada entrando suave en la piel. Y no habló en todo el resto del día, ni después cuando papá se acercó para pedirle la respuesta definitiva.

- Tengo que confirmar hoy, Elvira, por favor.
- ¿Para qué me consultas si ya has decidido por nosotros?
- Elvira, por favor, trata de ser razonable, no le veo nada de malo...
- ¿No? ¿De verdad? Pues yo sí. ¡Qué ingenuo eres, por Dios Santo! ¿No te das cuenta que iremos a servir a los señores? ¿Qué no puedes darte cuenta que te estás transformando en su sirviente, en su perrito faldero? Esa gente te está usando.

A través de los vidrios empañados de la cocina yo observaba la escena y trataba de comprender con desesperación, cuáles eran los verdaderos temores de mi madre, porque en sus gestos de animal asustado, de fiera herida por sorpresa, yo podía leer miedos que no sabía dónde encajar, pavores que se dibujaban y que se perdían como fuegos fatuos e intuía algo más, era un vendaval callado, un tornado solapado que sólo dejaba oír su tronar lejano y del que no valía la pena tratar de huir porque nos encontraría en cualquier lugar, atrapándonos desprevenidos.

Y con el tiempo sigo buscando alguna buena razón para que estuviéramos allá, anclados de pronto en un balneario de lujo, donde la distancia y la niebla

PRIMEROS JUEGOS

eran la natural barrera que separaba aquel mundo del nuestro. La tía Pocha, al despedirnos, nos gritó irónica:

- No se vayan a olvidar de mandarme una postal, nuevos ricos.

La mamá le devolvió una mirada inquietante. Y curiosamente esa mañana hacía frío, mucho frío, nunca voy a poder olvidarlo porque el frío apareció de súbito y el viento que lo precedió venía del Norte, anunciando lluvias estivales y trayéndonos augurios ininteligibles.

Hasta ahora no existen causas precisas para que nosotros, los que íbamos al estadio los domingo, los que regresábamos a pie a la casa para ahorrar, los que regateábamos precios en las tiendas, que nos turnábamos para comprarnos ropa y pedíamos prestado el periódico durante la semana, pudiéramos siquiera soñar con llegar a esa tierra de nadie, envuelta en vientos y presagios.

Quizás tú o tu familia o la mía o yo mismo, sabíamos de antemano que algo se avecinaba, tal vez todo estuvo desde siempre previsto, planeado, previamente dispuesto y convenido, como si se tratara de un juego especial o si detrás de los hechos existiera una secreta combinación. Lo cierto es que cuando llegar a buscar al padre de Gustavo y mientras papá arreglaba las maletas, observé desde el interior del automóvil ese hogar, esa mansión, toda de paredes níveas y jardines extendiéndose delante de nosotros en forma amenazadora, mamá permanecía absorta en sus mundos más lejanos cuando, de pronto, sin advertirme ni preparar el terreno, preguntó si me había despedido de Marcela.

Mi recuerdo entonces, retiene a Marcela como una muchacha pálida y taciturna, aferrada a sus ensoñaciones adolescentes, que solía ir conmigo una o dos veces por semana hasta la plaza, bajo la atenta mirada de su abuela. Una joven que todos señalaban como mi novia, la niña que nuestras familias deseaban para el niño de la casa. Sí, me había despedido de ella y cuando lo hice, Marcela me apretó con fuerza un instante que transcurrió lento y luego había tendido sus brazos delgados y blancos y a través de sus ojos negros pude leer la misma desconfianza exteriorizada por mi madre, una especie de recelo vago que la hizo besarme con demasiada ansiedad para luego perderse calle abajo, corriendo sin volver a mirarme.

- Si, mamá, me despedí de Marcela.

- Eso está bien. Al menos que algo esté dentro de la lógica.

- Mamá, todo está bien. ¿Por qué dice eso?

PRIMEROS JUEGOS

Pero ella guardaba silencio y sólo sus gestos casi imperceptibles dejaban al descubierto alguna duda que cruzaba por su mente. Los mismos signos que tratara antes de descifrar en los ojos de Marcela, aparecían una vez más en este instante en que el automóvil viajaba por la carretera tranquila, bajo un sol que parecía renacer, pero que ya no calentaba, casi un remedo del sol abrasador de los días anteriores.

Muchas veces, cuando hace demasiado calor y es preciso abrir de par en par todas las ventanas e incluso las puertas para respirar, vuelve a asaltarme la misma pregunta que me formulara aquella tarde estival mientras el auto vagaba silenciosamente, llevándonos a otro mundo. ¿Para qué íbamos nosotros en verdad? ¿Qué ignorados designios respondíamos con este viaje repentino que quebraba la rutina de nuestras existencias?

Y tu padre se sintió engañosamente enfermo y desvalido, con su dolencia al corazón (*recuerda querido que no puedes pasar emociones fuertes y que debes tomarte puntualmente las gotas*) sin poder manejar los cientos de kilómetros que nos separaban de la ciudad y tu madre, tan dedicada a sus negocios, con tanta claridad para todo tipo de empresas, necesitaba dejar a su marido en buenas manos. Y esas buenas manos eran las de papá que al fin y al cabo era un millonario venido a menos, un ángel caído en desgracia como decía la tía Pocha en las tardes, debajo del árbol fumándose un cigarrillo o mientras ayudaba a la mamá a ordenar los moldes en la cocina. Esas manos generosas eran también las de mi madre, con su rostro limpio de maquillaje y su cabello rizado a la fuerza en la peluquería del barrio, atendida por doña Anita, de cinco a siete de la tarde, y esas manos eran también las mías, por supuesto, blancas manos de niño de dieciséis años para diecisiete, con buenas calificaciones en el liceo, callado y sintiendo en su interior una ansiedad por algo indefinible que cobraba cuerpo al irnos acercando esa tarde lejana al balneario.

Cuando llegamos, al cabo de tres horas de camino y de somnolencia, lo que más me llamó la atención fueron las casas blancas, todas ordenadas por hileras, una al lado de la otra, puro vidrios, perfectas y limpias. Y el mar, por cierto, que era una mancha azul y quieta de cara al cielo.

La mamá bajó con lentitud del auto y luego de recorrer el balneario con la mirada y sin dejar traslucir ninguna emoción, dijo en un tono misterioso y confidencial:

- Fíjense muy bien porque acabamos de llegar al Paraíso.

El papá quedó un rato atónito, mirándola, sin agregar ni una sola palabra y mientras ayudaba a bajar las maletas, noté que mis zapatillas nuevas, compradas

PRIMEROS JUEGOS

pocos días antes, se habían manchado con la arena húmeda y fina. No sería lo único que notaría en aquel sitio que parecía dormir junto al mar un sueño profundo, extraño y agitado.

PRIMEROS JUEGOS

3

Tú llegaste siete días después, precedido por un frío inesperado y por las premoniciones que entonces ya cobraban fuerza y que solamente podrían disiparse con tu presencia.

Durante aquella primera semana la mamá trató de entretenerse ordenando los muebles, quitando el polvillo fino a las mesas y a las sillas y volviendo a su lugar habitual maceteros, objetos delicados, figuras pequeñas que en aquella casa blanca, que parecía a punto de caerse al mar por su ubicación encima de un peñón, brillaban y adquirirían una importancia diferente. Daba la sensación como si esperaran a mamá para que fueran sus manos diligentes las que lograrán el milagro de hacer revivir esa casa. En los primeros días también se dedicó a conversar con Clara, la vieja cocinera, gorda y supersticiosa, que de inmediato le confió algunos secretos sobre la mejor manera de preparar diversas recetas y le confidenció acerca de los temores que ella sentía sobre la proximidad de la muerte de su patrón. Con Clara, mamá pasaba encerrada por horas en la amplia cocina observando los manjares, probando aliños, mientras la gorda revolvía las ollas y le narraba historias de espíritus y aparecidos.

Papá se dedicaba a acompañar al señor en sus quehaceres normales, en sus visitas de cortesía a algunos vecinos, a pasear por la playa conversando con alguna señora o para dar vueltas por los alrededores en el auto a fin de conocer ese inmenso balneario que se extendía más allá de donde la mirada ya no era capaz de abarcar. Un territorio silencioso de arenas, rocas y mar envuelto de pronto por el frío.

Un frío inusual que llegó una mañana sorprendiendo a todos los veraneantes, los que a regañadientes debieron entrar a sus casas y dedicarse a esperar la reaparición del sol y cuando el frío se hizo aún más intenso, algunos se retiraron en sus autos enormes en medio de la congestión y el asombro, los más porfiados sacaron los toldos y desocuparon la playa y sacaron también la escasa ropa abrigada que habían llevado, insistiendo en su deseo de quedarse en ese paraíso lejano. Fue entonces cuando la mamá desafiante, enigmática, sorprendió a todos al decir que ese verano sería una experiencia interesante para vivirla. Una vez más el papá se quedó callado mirándola, tal vez intentando llegar al fondo del corazón de esa mujer a la que amaba. La vieja Clara sonreía y asentía como si presintiese que detrás de esas palabras, como dichas al azar o siguiendo algún impulso, la mamá se estaba contradiciendo en un punto esencial.

Esos primeros momentos en nuestro nuevo mundo me parecían irreales, fantasmagóricos, especialmente cuando caminaba por la playa desierta envuelto en bruma y en sonidos desconocidos. Cuando trataba de adivinar dónde había ido a

PRIMEROS JUEGOS

escondese el sol. Y en ese estado de ánimo me hallaba el día séptimo cuando llegaste tú, iniciando al fin la verdadera aventura, dándole el significado a todo aquello que estábamos viviendo a tientas.

Nos encontrábamos sentados jugando a las cartas. Clara se distraía contando una historia más a mi madre, bebiendo un poco de café. Todo estaba en calma, un poco aburrido por el tiempo desconcertante cuando la mamá se levantó y agudizando el oído dijo de súbito que Gustavo había llegado. No sé por qué el silencio se apoderó de todos y de cada rincón de la casa. Mi mirada se fijó en el rostro de Clara que pareció temblar un segundo, cambiando en seguida, preparando la sonrisa y agitando las manos salió corriendo a recibir a Gustavo mientras nos advertía no sé qué del fuego, del horno o algo similar.

Todo parecía preparado con anticipación, el ambiente daba la sensación de un juego que todos, excepto yo, sabían jugar. Entonces tu padre, Gustavo, emergiendo desde el fondo de su sillón, me suplicó que corriera al mirador, con su voz aguda y sus gestos cansados me pidió que subiera corriendo al mirador para que le trajera un viejo álbum que había reencontrado esa mañana. Son mis mejores fotos -me dijo- y Gustavo siempre ha soñado con verlas, es una bonita sorpresa, ¿no te parece? El encanto del mirador me hizo levantar como impulsado por resortes y desaparecer de la sala de inmediato, porque de toda la casa lo único que me había llamado la atención realmente era el mirador. Por ese motivo, recuerdo, subí anhelante mientras los bocinazos del automóvil afuera resonaban groseramente, quebrando la quietud del balneario.

Y subí. Subí otra vez. Porque desde la llegada lo había hecho al descubrir ese rincón y buscando la mejor manera de deslizarme por la casa sin hacer el menor ruido, aprovechándome del sueño profundo de los demás en las madrugadas, amparado por los sonidos indefinibles del mar y del viento matutino. Durante esos primeros días subí sin que mi padre o mi madre o ninguno en esa casa se enteraran. Temprano, casi noche, me levantaba y pegado a las paredes dejaba que mi espalda encontrara la mejor forma de avanzar en sigilo adhiriéndome a los muros, callado y alerta. Llegaba al borde de la escalera y una vez allí, protegido por una manta previamente dispuesta, iniciaba el ascenso, midiendo mi respiración, escuchando los latidos de mi corazón que sonaba y sonaba delator. Uno, dos, tres pasos y un pequeño descanso para luego reiniciar la subida, en forma definitiva, hasta llegar al mirador. La puerta y al fin los ventanales, ofreciéndome ese balneario cubierto por la neblina y el rocío de la madrugada. Sabía con certeza casi intuitiva que era la única persona despierta a esa hora en toda la casa y tal vez en todo el balneario, porque incluso Clara aún se aferraba a sus últimos sueños. Por eso debía conocer el camino a la perfección, sabiendo con exactitud cómo treparme hasta ese sitio, cómo caminar sin encontrar ninguna dificultad que interrumpiera mi paso. Por eso el pedido de tu padre, Gustavo, fue como una orden repentina y placentera, quizás porque cuando la

PRIMEROS JUEGOS

bocina de tu auto seguía vibrando yo estaba subiendo, dejando atrás todo y a todos, ingresando en un mundo que creía era sólo mío.

Y subí al mirador donde me quedaba por horas extasiado contemplando el mar, hasta que los primeros rayos del sol o los olores matutinos o los ruidos hechos por la vieja Clara en la cocina me advertían que debía bajar. Desde ese sitio el mar era una extensión infinita, en la orilla una sucesión de gaviotas se peleaban por comer o se alejaban hacia el interior o un viento suave que acariciaba los cabellos y a ratos obligaba a cerrar los ojos, movía algunas olas que se iban a estrellar allá lejos donde el acantilado nacía, justo debajo de la casa.

Ese mismo viento soplaba aquella tarde, pero era frío. Y cuando buscaba ese álbum entre los papeles desparramados que a través del ventanal ahora no se divisaba nada, excepto una débil fogata muy lejos, casi perdida en algún punto de los roqueríos. Ese mismo viento estaba como huracanado cuando bajé otra vez al comedor con el álbum entre mis manos y tú me miraste, por primera vez, como midiendo o auscultando un enemigo y yo te miré también y no sé qué extraño temblor se apoderó de mi labio superior y podría describir con entera precisión cada detalle de esa escena, aquella tarde lejana, porque tus ojos mirándome me provocaron una indescriptible ansiedad. Tu padre extendió sus manos y dijo como hablando al aire que aquél era su hijo y mi mirada se deslizó suavemente, lentamente por aquella estancia, acariciando cada uno de los objetos que relucían, bañados de irrealidad a esa hora, en ese tiempo y se fue a depositar en tu rostro y desde allí saltó otra vez al vacío mientras tu padre en un alarde de atenciones me señaló ahora a mí y decía que yo era un amigo, un amigo recién llegado, un compañero, Gustavo, un compañero para el verano y tus ojos se iluminaron de pronto y tu mano empezó a adquirir la forma de un apretón seco que luego se convirtió en aire que se iba escurriendo por entre mis dedos.

Tal vez por el viaje tu rostro denotaba cansancio y entonces la mamá apareció trayendo una bandeja con tazas de café y pasteles y el papá con tus maletas te preguntó, desde la otra sala, si no traías algo más. Una ligera irritación me produjo todo aquello, ese primer encuentro en que ni tú ni yo hablamos más que palabras de cortesía y en que mamá se paseaba de un lado a otro, falsamente solícita, mientras tu padre te narraba historias que de seguro no deseabas escuchar, porque tus ojos recorrían la estancia como queriendo constatar algo, tal vez tratando de averiguar si estas personas extrañas que te rodeábamos habían alterado algún orden mantenido bajo tus leyes secretas.

En realidad los primeros días habían sido apacibles, solamente interrumpidos por las olas que rompían a cada instante en las rocas o tronando muy fuerte durante la noche y fue tu llegada que provocó el primer quiebre en ese equilibrio y cuando a la noche siguiente de tu llegada me disponía a subir otra vez al mirador para reencontrarme con mis misterios y mis ventanales tuve que

PRIMEROS JUEGOS

detenerme de golpe porque en lo alto de la escalera estabas tú, con una manta y una linterna y una sonrisa enigmática que brillaba en la oscuridad y junto a ti, estaba el silencio y contigo un perfume que ya me había inquietado desde la primera vez que te vi.

- Sabías que vendrías -dijiste- todos lo hacen.

Tus ojos azules brillaban extrañamente, no sé por qué, pero me sentía fascinado delante de ti y cuando me sonreíste invitándome al refugio, caí entonces en la cuenta de que ese lugar era tuyo, desde antes y que tendríamos que compartirlo como tantos otros detalles en aquel verano, en ese tiempo.

Creo que son las dos y media de la madrugada. Lo intuyo por el olor de este aire acondicionado, por el lejano ruido que emiten los vehículos que se van perdiendo por algunas de las muchas carreteras que nunca me he atrevido a seguir. Lo percibo porque ha empezado otra vez ese dolor en mi pecho, cual aguijón creciente que oprime y parece reventar dentro de mí. No he podido aliviar con nada esta amarga sensación que a cada momento se vuelve más y más asfixiante. Siempre que trato de ir ordenando los acontecimientos sucede con exactitud lo mismo, como si se tratara de una advertencia para que no siga indagando en el pasado, para que cierre definitivamente las compuertas a la memoria y no le permita vaciar nada que vaya a enturbiar este ahora que se desliza con normalidad cada día, este ahora que está acompañado de un dolor ocasional que se agudiza y se torna insoportable a estas horas de la madrugada. Estoy fumando, si tú me pudieras ver ahora, estoy fumando uno tras otro los cigarrillos, contemplando la forma en que el humo asciende y se va doblando, adquiriendo formas tan extrañas, adhiriéndose a las paredes, desapareciendo de manera monótona, sin detenerse un solo instante. La tía Pocha me contaba tantas historias en noches como ésta, historias de niñitos buenos y hermosos que salían a jugar fuera de la casa y que se perdían por callejuelas extrañas, niñitos que no tenían el permiso de la mamá para salir a jugar y por eso andaban tan asustados y en su desesperación se perdían cada vez más y llegaban al bosque que siempre estaba oscuro y brumoso y en donde los brujos estaban reunidos, preparando sus maldades, ¿cómo era que se llamaban estas reuniones?, no me acuerdo, pero eran terribles y los niñitos tenían frío y hambre pero eran buenos y hermosos decía la tía Pocha y nadie podía dañarlos, pero yo sabía que igual los brujos querían dañarlos, deseaban matarlos y los niñitos seguían adentrándose al fondo de la espesura porque los brujos querían comérselos, pero no podía ser, eso no les puede pasar a los niñitos buenos, decía la tía Pocha, ¿verdad que no se puede, tía?, porque la buena hada los protege, la buena hada siempre está atenta cuando los brujos hacen sus aquelarres, ¡eso!, así se llaman esas reuniones terribles. Pero la mamá de cada uno de esos niñitos también vigila a los brujos y se va detrás de ellos y los encuentra acurrucados, afiebrados, dormidos de puro miedo, fatigados de tantas aventuras extrañas e incomprensibles. Según la tía, la mamá siempre salva a esos niñitos y por eso los brujos están enojados pero nada pueden hacer contra ella y contra el hada buena.

Esos buenos niñitos se acostaban temprano y prometían no volver a salir jamás sin permiso y por eso les regalaban dulces, golosinas, helados, ¿verdad, tía? Y su madre se quedaba acurrucada en el cuarto cuidando a sus niñitos hasta que las luces se iban apagando lentamente. Pero a esos niñitos no les duele el pecho de esta manera, esos niños no se dedican a ver cómo avanza la hora fatal e inexorable, no sufren de desesperación al estar en una habitación tan sofocante con un aire calefaccionado que enrarece todo y que parece un horno y que dan ganas de salir derribando paredes, muros y escapar. Estoy fumando, si pudieras verme ahora. El

PRIMEROS JUEGOS

humo sube, se detiene un momento y luego desaparece entre los rincones de este departamento enclavado en una ciudad que se extiende más allá del río. Recuerdo a mis padres en noches similares a ésta, abriendo con evidente fastidio las ventanas de la casa para poder respirar, para huir de ese calor que se pegaba en las ropas, en la piel. Los veo saliendo, cada noche, puntualmente, para caminar por avenidas interminables tratando de dejar atrás ese verano tórrido. Tengo ganas de llorar desconsoladamente pero no por ese maldito dolor que ahora se ha estancado, dejándome una pequeña tregua para sacar otro cigarrillo y encenderlo, permitiéndome contemplar por un minuto efímero el fuego que se va extinguiendo, consumiendo toda la frágil madera de un fósforo que ahora ya no existe pero que antes sí existió, sí estuvo, oh, Dios, tantas ganas de llorar por los recuerdos que van desfilando en desordenada sucesión por mi memoria, traicionando la estabilidad que yo creía haber ganado en todo este tiempo de penitencia. Ganas de gritar, de aullar con desesperación e impotencia porque todo lo que pasó quiero que se repita, porque hay detalles que yo quiero descubrir de nuevo, recuperar y rompen la quietud de la noche. Los años van pasando tía y se transforman en mi mordaza, en mi prisión. Los años van desdibujando todo tía y yo no quiero perder esos recuerdos, tía, usted sabe que deseo abrir una brecha en un tiempo que ya no me pertenece más. Tengo deseos de gritar, deseos de apretar y morder la almohada, llorar hasta ahogarme, llorar para apagar definitivamente este maldito dolor y estas imágenes que ya no me abandonan, que me acosan, asaltándome durante estos años de silencio y de frustraciones ¡ay, tía Pocha! ¿por qué no regresas y me acaricias la frente y te quedas conmigo como lo hacías antes, me cuentas un lindo cuento, de ésos que tú y yo solíamos compartir? No quiero que te vayas, no quiero que me abandones tú también, esta noche no, por favor esta noche no, esta maldita noche en que los vehículos se deslizan yo he sido un niño bueno tía, un niño muy bueno. ¿No es verdad? Y en medio de esta habitación sofocante pienso que deberé otra vez levantarme en algunas horas más para ir al trabajo. Salir de esta pieza, bajar las escaleras, abrir la puerta de calle y salir, encontrándome con el frío, con el desconcierto, con la desesperanza cotidiana. Salir para encontrarme otra vez, como todos los días, con esa masa de gente anónima que va y viene sin sentido alguno. Deberé salir para apegarme a ese montón de personas y tratar de avanzar, escondiendo el dolor y los recuerdos -tu recuerdo en especial- para proseguir, para poder continuar sin saber por qué hay que proseguir, para reiniciar la rutina y el tedio y todo este hastío tremendo y luego llegar al trabajo, mirar a la misma gente que siempre parece sospechar lo que estoy sintiendo, decir las mismas estupideces del hola, qué tal, todo está bien ¿no? y toda esa masa me mirará y verá en mi rostro estampadas las huellas del dolor, de este dolor, de ese dolor que ha regresado al pecho y tendré que sonreír, seguir sonriendo sin querer hacerlo, debiendo mirar a esta gente que ya es gente sino números, códigos, idiotas que van para allá y regresan y vuelven a ir y regresan otra vez porque eternamente sólo podrán hacer eso y entre esa gente están los brujos, los hombres malignos, los viejos del saco negro que se llevan a los niños que se han portado mal, los hombres feos y desagradables que se raptan a los

PRIMEROS JUEGOS

niños y se los llevan para que nadie pueda escuchar sus llantos (los hombres no lloran) nunca más, se los llevan para devorarlos, para triturarlos, para aniquilarlos, para que ya no hagan cosas malas, acciones prohibidas y la tía Pocha se sonríe sin saber por qué su niño querido tiene tanta fiebre y tiene marcas en el cuerpo, en particular una herida fina en uno de sus brazos (¿es un dibujo mamá? ¿acaso una cicatriz?) y le duele todo el cuerpo y sólo quiere llorar, llorar (los hombres no lloran, recuérdalo), solamente llorar y sin saber por qué el papá baja con tanta rabia las maletas del vehículo y la mamá corre a encerrarse en su habitación, sin saber por qué el dolor tiene al niño aquí, en esta casa odiosa, a las dos y media de la madrugada de un día cualquiera y ese niño está fumando, mirando con desesperación creciente el humo que se aleja interminable, tratando de apartar de su mente tantos recuerdos sin poder lograrlo o quizás sin desear en su interior que éstos se esfumen y se conviertan en aire, en brisa, en pensamiento, ¡ah, cómo pasan estos odiosos minutos y yo no puedo acabar con este dolor! A cada instante la presión aumenta y el niño ahora corre, corre por la playa, pisando una arena finita, tan suave, tan blanca, el niño va casi volando por esa extensión inmensa de playa, volando, volando hasta alcanzar las rocas y sintiéndose bañado por el agua de mar que lo atrapa, que lo rodea, que lo hunde... ese niño ahora gira, gira, gira, gira sin poder alcanzar esa mano tan delicada, tan blanca y cálida que le han tendido, esa mano que está impregnada de un perfume sutil, extraño, esa mano que ahora lo acaricia, que recorre cada palmo de su cuerpo... ya son las tres de la mañana de un día fatídico que será igual a todos los otros días, aunque tú quieras cambiar las cosas con tu sonrisa de entonces y tus confianzas, aunque me quieras llevar de nuevo a la cabaña para poder conocerla bien, aunque la mamá no desee que la deje sola porque los días han estado tan fríos, tan feos, ni siquiera un poquito de sol y eso que estamos en pleno verano, fíjese usted, y la mamá me suplica que no la abandone, no me dejes sola hijito de mi alma porque tengo tanto miedo, el mismo miedo que yo sentí mamá cuando pensaba y soñaba en los brujos, en los hombres del saco negro, en los desalmados que se llevan a los niños y que entran en las habitaciones de noche mientras todos duermen y se meten en cada rincón de mi pieza mamá, mientras yo sudaba de terror y no podía llamarte, mamá, no podía (los hombres no sienten miedo), y el miedo se apoderaba de mí, estaba conmigo, adherido a mi piel, ese mismo miedo que sentí la noche cuando me llevabas a la cabaña, aunque mejor vamos mañana, para así pedirle permiso a mis padres ¿está bien? mañana, aquí mismo, nos encontramos en el mirador y así podemos ir con absoluta tranquilidad, total no vamos a volver muy tarde ¿o no? y ahora ya son las cuatro de la madrugada, hace tanto frío y el humo de estos malditos cigarrillos sigue ascendiendo hasta confundirse con mi sombra que se extiende y te espera, como te aguardaba aquella noche en el mirador, sin recelos, sin dudas, pero con un terror interno y lejano que era producto de la misma ansiedad. Como te estuve aguardando hasta que apareciste, todo vestido de blanco, y me dijiste vamos, ven, no tengas miedo y ya ni me acordé de la mamá ni de la tía Pocha ni de los hombres del saco negro que se llevan a los niños malos para devorárselos, para comérselos, para aniquilarlos en su inocencia...

La fotografía fue tomada al tercer día de tu llegada. Tu padre estaba feliz de estar otra vez con su hijo y con sus recuerdos y se quedaba horas enteras hojeando álbumes arrugados y viejos folletos que contenían algunas de las miles de imágenes que había captado durante su vida y que constituían su orgullo. Mis tesoros, decía, mis viejos tesoros que yo creía perdidos para siempre. Y sus dedos temblorosos recorrían cada centímetro de aquellos documentos. Esas viejísimas imágenes descoloridas le ayudaban a recuperar el ánimo ya minado por los estragos de la enfermedad. Sus ojos solían perderse en la lejanía, mucho más allá de las fotografías que sostenían sus manos cansadas.

Fue él quien sugirió la idea. Quería recordar su época de esplendor, nos dijo, cuando las revistas más cotizadas del mundo solicitaban sus servicios profesionales. Una foto, nos explicaba mostrándonos un puñado de recortes y cerrando los ojos como en éxtasis, nunca muere porque es un pedazo de tiempo congelado para siempre, que queda atrapado sin remedio cuando el artista así lo desea. La mamá y Clara tomaban entonces con extremo cuidado cada uno de aquellos recortes y comentaban en voz apenas perceptible un no sé qué. Y en medio de todos esos recuerdos y añoranzas nos dijo que deseaba fotografiar a Gustavo.

- Es un sueño muy antiguo, quiero que él sea mi mejor modelo. Tiene el rostro hermoso, mucho más bello que el de su madre, ideal para fotografiarlo, sus ojos son perfectos y su cabello resplandece bajo las luces, además, tal vez sea mi última obra...

Mientras hablaba todos se iban percatando del evidente deterioro ante el cual sucumbía el anciano. Pero yo estaba ajeno por completo a las especulaciones suyas, porque en aquel momento iba repasando cada una de las palabras que el viejo había pronunciado, con cierta particular carga enigmática: eras más bello y más delicado que tu madre. ¿Por qué aquellas expresiones se habían internado dentro de mí? No podía dar una respuesta cabal a todo ello, pero me sentía molesto, irritado por un sentimiento desconocido que estaba cada vez más presente en mi interior.

Durante muchas horas estuvo estudiando la mejor manera de hacer la fotografía. Discutía consigo mismo, movía los muebles, corría y recorría las cortinas de los ventanales, buscando con ahínco los mejores ángulos, los detalles de la iluminación, los contrastes, el fondo perfecto. Al fin, y como si de pronto despertara de un profundo sueño se dio vuelta hacia donde estábamos nosotros y exclamó que estaba todo listo.

PRIMEROS JUEGOS

- Me decidí por lo más sencillo. A fin de cuentas mi hijo no requiere de efectismos, ¿verdad?

Al decir aquello yo presentía que se estaba guardando palabras, significados, que había bruma y misterio en lo que estaba explicándonos.

Ubicó entonces a Gustavo frente al ventanal abierto de tal manera que el mar, en el fondo, era el telón ideal para la fotografía y le pidió que no se moviera. Mientras encuadraba yo contemplé tu rostro Gustavo, observé con cuidado tu perfil y cada uno de los detalles de tu cara que ese día parecían como dibujados a propósito y en eso estaba cuando, de súbito, tu padre rompió el silencio que nos rodeaba y señalándome me pidió que te acompañara en la fotografía. Saldrá más armónico, usted es delicado de facciones y hace una muy buena pareja con mi hijo, exclamó y al oír aquella expresión sentí que un ligero temblor sacudía todo mi cuerpo. Estaba helado el ambiente. Mamá detuvo sus comentarios con Clara para observar con atención lo que estaba sucediendo. El silencio era palpable, tenso. Nos acercamos con lentitud, siguiendo las instrucciones de tu padre, sonriéndonos, palpándonos, sintiéndonos, reconociéndonos en ese minuto eterno. Tu olor me envolvía descontrolándome. Yo te observaba y tú estabas serio, como atento a tus propios movimientos, como si estuvieras acostumbrado a ese tipo de juego organizado con total naturalidad por tu padre. Él se detuvo un momento y con paso decidido puso un gorro blanco en tu cabeza, Gustavo, ¿recuerdas?, encima de tu cabellera rizada y luego nos pidió casi en un susurro que nos abrazáramos.

- Como dos viejos camaradas que se han encontrado al fin después de tanto tiempo, después de un largo tiempo de esperas y zozobras. Eso es, atentos, un momento, ¡ya!... están inmortalizados.

Por unos segundos me miraste y luego, sin agregar una sola palabra, te separaste de mí lentamente.

Los días que siguieron a tu llegada fueron extrañamente quietos y siempre dominados por el frío inusual. En el balneario casi no quedaban sino algunas familias porfiadas que deseaban un poco de paz a toda costa. El resto se había marchado, buscando mejores lugares, un tiempo más benigno, desorientados con los caprichos de la naturaleza. Entonces me dediqué a caminar sin rumbo fijo por la playa, tratando de aislarme, de encontrar algún lugar diferente, lo suficientemente apartado para hacerlo mi refugio, sintiendo en mi interior una desazón que me tenía confundido y malhumorado. Necesitaba con urgencia un simple pretexto para poder alejarme de la casa, salir y librarme de esa extraña inquietud que me consumía, inundando mi espíritu desde que tú Gustavo, habías puesto tu brazo sobre mi hombro, desde que al tomarnos esa fotografía que tu padre me hizo llegar en un sobre, unos días más tarde, yo había olido con más nitidez ese perfume que te impregnaba y que era tu sello. La fotografía, magníficamente compuesta, quedó encima del velador de mi cuarto como mudo testimonio de aquellos sucesos tan extraños, alejados por completo de mi rutina y

PRIMEROS JUEGOS

de mi estilo, como anticipando hechos y situaciones en plena gestación. Y en aquellas mañanas particularmente frías iba y venía caminando sin saber hacia dónde, sin tener nada más que hacer, tratando de llegar a los rincones más ignorados entre los peligrosos acantilados, sintiendo a veces el poderoso vértigo de una soledad que empezaba a ser más tangible y que yo no podía, o no quería, digerir.

Fue en una de esas mañanas, en uno de esos tantos paseos y cuando ya me disponía a regresar a casa cuando conocí al Negro. Había estado caminando tanto que recién ahora comenzaba a notar el cansancio de la larga caminata por entre las rocas milenarias y entonces, al doblar un recodo, vi un rancho de latas y cartones, oculto para cualquier mirada, y divisé al Negro, hincado, cortando leña para hacer una fogata. Mi sombra dibujada en la arena lo hizo volverse con prontitud y desconfianza.

El Negro era joven, grande y tostado. ¿Cómo había llegado hasta ese lugar? Ni yo ni nadie lo sabrían jamás porque el Negro había aparecido en ese sitio sin decir nada y partiría de allí sin darnos ni siquiera su nombre. En realidad no sé por qué me quedé allí, mirándolo como hipnotizado, delante de ese pescador musculoso que cortaba leña, transpiraba buscando los mejores trozos de madera para avivar el fuego que ya crecía, irradiando su calor generoso. Nos miramos, nos medimos y tal vez él debió intuir de inmediato que yo no pertenecía a ese lugar de casas blancas y elegantes y quizás por ello sintió que podía confiar en mí y mientras el resto de la mañana transcurría me sorprendí ayudando a ordenar la leña, mirándolo cómo cortaba con absoluta habilidad un tronco, mientras el frío se apoderaba definitivamente del balneario. Desde ese día volví una y otra vez para conversar con el Negro y pese a que era un tipo humilde y lacónico, sabía transmitir con toda intensidad las aventuras en alta mar y sus luchas habituales contra el hambre y el viento en ese sitio que a cada instante se me revelaba como maravilloso. En todas esas ocasiones que nos veíamos, él me relataba alguna de sus experiencias y, casi como un juego, me tiraba alguna herramienta para que lo ayudara en sus labores y de esa manera casi tácita nuestro acercamiento iba cobrando una inesperada realidad, en ese mundo reducido y calmo.

El Negro comprendía perfectamente lo que era sentirse un extraño en ese sitio irreal. Y de seguro intuía mi nerviosismo y mi ansiedad por preguntarle una y otra cosa, pero él y yo callábamos, contemplando la fogata. Porque era lo mejor y por eso me pareció sorprendente una observación, casi expresada al azar, durante una tarde en que nos protegíamos del viento que parecía volar su rancho y él me explicaba la mejor manera de reparar un bote.

- ¿Vio las aves esta mañana?
- Sí, parecían inquietas por algo.
- Se fijó supongo en el débil sol que salió después...
- Así es. Creí que el tiempo se iba a componer pero no fue así.
- Mañana ya no saldrá el sol porque van a sonar los tambores.
- ¿Los tambores? ¿Qué tambores?

PRIMEROS JUEGOS

Pero el Negro no agregó nada más y cuando la noche cayó sobre el balneario y yo me disponía a regresar a la casa, me atajó un instante y me puso su mano delante de mi rostro. De entre sus dedos gruesos colgaba una cadena muy fina que brillaba a la luz de la fogata.

- Esta noche me hago a la mar. Cuídeme la cadena, patroncito, hágame ese favor.

Por un instante quise pedirle que me dejara ir con él, para poder vivir esa aventura apasionante, pero el miedo me detuvo, dejándome como atontado porque el viento soplaba fuerte, cada vez más fuerte, y desde el océano surgían los ruidos amenazadores que solían despertarme en mitad del sueño, con la vaga sensación del desconcierto. El Negro pareció adivinar mis pensamientos porque sonriendo me dijo que muy pronto íbamos a compartir una salida en su embarcación, que esperara, que tuviera paciencia, que todo sucedía cuando debía ocurrir y al despedirme noté que estaba como levemente nervioso y mientras caminaba por entre las rocas me detuve para mirar el rancho a lo lejos. Pero no pude verlo porque las sombras eran demasiado espesas y cuando ya casi llegaba a la playa y yo iba sumido en mis cavilaciones apareció, súbitamente, Gustavo, vestido todo de blanco y bañado en esa exquisita loción ante la cual no pude evitar un estremecimiento. Su rostro delató la evidente sorpresa al verme en un sitio como ése, donde de seguro no esperaba encontrarme.

- ¿Qué haces por estos lados, Daniel? -Su pregunta sonaba casi como un reproche.-

- Caminaba...

- ¿Solo? ¿Por estos sitios tan... desconocidos para ti? -Su tono era ahora inquisitivo, preocupado, daba la sensación de que deseaba averiguar algo que yo no alcanzaba a vislumbrar.

- ¿Vas a la casa?

- Sí

- ¿Estabas con alguien, Daniel?

- Sí, con un amigo.

- ¡Vaya! ¿Ya te has hecho de amigos? ¿Tan pronto?

Su rostro brillaba. Algo indefinible se produjo en ese instante, como si una ligera corriente de fuerzas en pugna, pequeñas tensiones cortadas de repente, quemara el ambiente. Entonces preguntó:

- ¿Quieres acompañarme? Voy a ver a unos amigos... a ellos les agradecerá conocerte, muchísimo.

- ¿A mí? No lo creo, no, gracias, hoy no puedo ir. Estuve fuera todo el día y mamá debe estar preocupada. Segura debe estar intranquila.

- Lástima, hubiera sido perfecto.

PRIMEROS JUEGOS

Sus ojos brillaban buscando los míos en la oscuridad.

- Está bien, otro día vendrás con nosotros. Te aseguro que están ansiosos por conocerte y tú no te vas a arrepentir. Será... muy emocionante que vengas uno de estos días, ellos estarán felices.
- ¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?
- Ellos... mis amigos.

Su perfume me envolvía, el mar tronaba al chocar contra las rocas.

- A propósito, Daniel, si alguien te pregunta por mí, tú no me has visto, ¿de acuerdo? No me has divisado para nada en todo el día.
- Seguro, no te preocupes.
- ¿No lo olvidarás?
- No, descuida.
- Muchas gracias, Daniel. Recuerda... otra noche estarás con nosotros, es un compromiso. No lo olvides. Nos vemos.

La figura de Gustavo se perdió entre las rocas y durante algún rato estuve ensimismado oliendo el perfume que había quedado flotando en el ambiente y que parecía adherirse a mi piel, provocándome extrañas sensaciones en mi interior. Estuve allí hasta que el aroma se desvaneció por completo y luego corrí para llegar a la casa. Esa noche, mientras todos dormían, subí una vez más al mirador e intenté divisar en la oscuridad reinante la cabaña que había construido el Negro o el sitio en que pudiera estar Gustavo, pero era imposible divisar nada, ni un bote, ni una fogata. Nada. Y cuando me disponía a bajar olí en la habitación el aroma tan particular de Gustavo, ese olor a perfume que lo identificaba y entonces, súbitamente, empezaron a sonar los tambores, uno después del otro, en forma pausada, monótona, sin prisa y sin detenerse. Tam-tam-tam-tam-tam-tam sonaron los tambores toda la noche y solamente cuando el frío de la madrugada me hizo bajar y me obligó a acostarme, comenzaron a declinar, aunque yo sabía que en algún punto de ese inmenso balneario seguían escuchándose una y otra vez esos tam-tam. Una y otra vez. Recordé lo que había dicho el Negro y sentí miedo de algo desconocido y maravilloso a la vez que estaba desplegándose delante de mí. En algún momento me dormí con la misma desazón que me había quedado desde la tarde en que me habían fotografiado junto a Gustavo. Tal como había dicho el Negro, a la mañana siguiente el sol no salió.

Recién cuando empezaba a declinar la tarde, apareció el Negro en la cabaña. Yo me disponía a regresar cuando vi su figura entre las rocas. Estaba muy cansado y cuando estuvo delante de mí dejó caer un saco con herramientas y útiles de pesca, aunque no se veía por ninguna parte el producto de su salida. Después de encender la fogata se sentó frente al fuego, aparentemente preocupado. Parecía como si hubiera estado toda la noche en otro lugar y como si la jornada anterior le hubiese significado un gran esfuerzo. Puso las manos delante de las llamas y súbitamente se volvió hacia mí, interesado:

- ¿Qué pasó?

Sus ojos brillaban extrañamente frente al fuego que empezaba a crecer. Ese brillo me inquietó porque de inmediato lo asocié a los ojos de Gustavo, preguntándome qué hacía en la playa la noche antes.

- Nada especial, sólo te esperaba. ¿Cómo estuvo la pesca?

Su mirada se posó en la mía directamente y por un instante sentí miedo.

- Bien, muy bien, amigo, todo resultó muy bien.

Algo imposible de detectar lo hacía estar nervioso y distante. Una agitación interior, una desazón que por algún motivo no se podía medir en toda su extensión. Otra vez se volvió hacia el fuego y empezó a silbar. Yo contuve el aliento. Mis manos estaban heladas a pesar de la proximidad del fuego. Aquella melodía que silbaba era el mismo tono algo monótono que había escuchado la noche anterior. Exactamente igual. Sentí frío y comencé a experimentar una creciente intranquilidad que me asfixiaba.

- Esa melodía, ¿sabes? la oí anoche

Me miró como despertando recién de un profundo letargo.

- ¿La misma?

- ¡Sí! De hecho sonó toda la noche cuando los tambores...

El Negro me miró sin decir nada y yo debí leer en esos ojos la explicación, pero no pude hacerlo, porque solamente vi sus ojos tratando de buscar los míos para tratar de encontrar en ellos mis dudas.

PRIMEROS JUEGOS

- ¿Qué significa esa melodía? -insistí.
- Es sólo eso, una melodía.
- Pero anoche yo la escuché y oí los tambores, tal como tú me lo advertiste. ¿De dónde surgen? ¿Quiénes tocan esos tambores?

El fuego estaba en su punto más alto ahora y el calor empezaba a abrigar aquella zona rodeada de piedras milenarias que precisamente esa noche simulaban siniestras figuras aguardando por algún hecho aciago e indescriptible; sus ojos se abrieron aún más y reflejaron todas las llamas.

- Nunca pregunte eso, patroncito.
- Pero es que cuando lo oí fue todo tan extraño... sonaron toda la noche, me dan miedo...

Cuando dije aquello se sobresaltó. Su voz sonó distinta cuando me respondió:

- ¿Miedo? No debe tener miedo de los tambores, patrón. Ya descubrirá qué significan. Todo pasa cuando tiene que pasar.
- Es extraño, me recuerdas a Gustavo...

Sus ojos volvieron a reflejar todas las llamas.

- ¿Gustavo?
- Es un amigo, vivo en la casa de su padre...
- Es mejor no preguntar. Todo pasa cuando tiene que pasar.

Nos quedamos un instante mirando cómo el fuego iba consumiendo los maderos sin decirnos nada. De pronto, el Negro se levantó y bostezó sonoramente. Se notaba extenuado. Me incorporé también y esperé que él entrara en su rancho para despedirme. Cuando asomé la cabeza para mirar en el interior, el Negro se encontraba arreglando las mantas para tenderse y mientras ejecutaba estos movimientos en ese espacio reducido, mis ojos se posaron en uno de sus brazos: una cicatriz muy fina, casi un dibujo imperceptible le atravesaba parte de la piel. No quise preguntar cómo se la había hecho porque lo vi atareado preparando ahora una lata para calentar café. Recordé entonces que le había llevado comida y se la extendí. El negro sonrió ligeramente conmovido por mi preocupación. Bebió apresuradamente el café humeante y cuando terminó de comer dijo:

- ¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? Está pálido.

En efecto sentía que mis manos estaban húmedas por un incontrolable nerviosismo.

PRIMEROS JUEGOS

- Tengo frío, debe ser por el aire helado o tal vez tenga un poco de fiebre.

Una inquietud extraña se apoderó entonces de mí. Me encontraba en un rancho de latas y cartones, perdido en algún lugar oculto en un enorme balneario, frente a una playa vasta y con un pescador moreno que ni siquiera me había dicho su nombre. El viento soplaba fuerte y yo estaba tan lejos de la casa, de mis padres y de mi aparente tranquilidad, mirando sorprendido los movimientos de un hombre que acababa de regresar del mar y de la noche cargado de misterios.

El Negro empezó a cambiarse la ropa, buscando algo más abrigado para dormir y cada uno de sus movimientos, cada espacio de su cuerpo que alcanzaba a divisar me iban desconcertando, aproximándome al abismo, empujándome al despeñadero y cuando el Negro estuvo por completo desnudo delante de mí comprendí por fin que había un pozo oscuro que estaba hecho a mi medida y que no podría huir porque caería igual por una pendiente hasta el fin.

- ¿Tiene frío todavía?

Yo no podía contestar porque me sentía turbado, absurdo, incómodo. Ahora el viento sonaba con tal estrépito fuera del rancho que parecía que en cualquier instante todo saldría volando en aquella oscuridad, dejándonos al desamparo entre aquellas rocas, frente a frente. Una única vela nos iluminaba en este instante, en este espacio miserable y nuestras sombras se proyectaban retorcidas por cada uno de los rincones.

- Venga –dijo después el Negro- no tema.

Avancé trémulo y me acerqué a ese cuerpo desnudo que era todo músculos y aventuras, un cuerpo moreno que despedía un perfume extraño y salobre que evocaba puertos desconocidos. El Negro puso uno de sus brazos alrededor de mi cuello y me abrazó con suavidad, sonriendo con nerviosismo también al notar mi desasosiego. Estaba aturdido sin poder reaccionar, sin atinar a expresar una sola palabra, oliendo ese cuerpo que ahora estaba junto a mí, abrazándome. Mi grito debió sacudir todo el rancho y más allá, no sé cuánto tiempo estuvimos así porque yo cerré los ojos y sentí el ruido del mar golpeando con furia las rocas, sintiendo el silbido del viento amenazante y sólo los abrí cuando el Negro terminaba de vestirse.

- Eh, patroncito, ¿quiere café?

Sus ojos estaban otra vez como de costumbre y ese brillo inusual que antes notara, había desaparecido.

- No, gracias. Debo irme, es tarde...

- ¿Tan luego?

PRIMEROS JUEGOS

- En la casa mi mamá debe estar preocupada, además que no conozco muy bien el camino de regreso y tengo que ir caminando con mucho cuidado.
- No se preocupe, patrón, yo lo acompaño. Vamos.

Apagó la vela, me pasó una manta y luego salimos y empezamos a caminar en silencio, midiendo los acontecimientos. El Negro me puso uno de sus brazos por el hombro y me acercó a su pecho caliente. Mientras avanzábamos empezó otra vez a silbar esa melodía que ya me resultaba familiar y recordé entonces los tambores y otra vez surgió dentro de mí una extraña inquietud. Caminábamos sorteando las rocas puntiagudas, sin ninguna dificultad y en mi mente yo trataba de ir estableciendo cuál era la relación entre este hombre fornido que me llevaba abrazado y esos tambores que no me dejaban en paz. De pronto, caí en la cuenta de que nadie más en la casa parecía haberlos escuchado, como si hubieran sido únicamente una pesadilla de mi mente afiebrada. Teniendo su brazo alrededor de mi cuello, pude observar mejor la fina cicatriz en su piel. Era una marca extraña, casi un dibujo, como un signo antes que un rasguño, de ninguna manera algo hecho por mero accidente. Y sumido en esta suerte de pensamientos nos íbamos internando por pasajes secretos y por senderos que yo nunca había recorrido y que parecían recién ahora estar surgiendo para que pudiéramos avanzar en medio de la noche. A su lado me sentía seguro, aunque sin embargo el nerviosismo estaba presente en ese minuto, quizás para recordarme que existía una infinidad de detalles que yo no alcanzaba a comprender del todo en esa vastedad y en ese tiempo.

Luego de una larga caminata estuvimos justo frente a la casa. ¿Cómo había sabido el Negro hacia dónde nos dirigíamos? En ningún instante le había mencionado siquiera dónde estaba viviendo, pero preferí callarme las dudas. El Negro me soltó con suavidad y me tendió la mano. Su mirada parecía ahora la de un niño, un pequeño algo lerdo que sabe de verdades demasiado importantes y vedadas para los demás, cientos de acontecimientos que todavía yo ni lograba dimensionar.

- Me voy patroncito, cuídese.

Su expresión era serena y otra vez confiable.

- Espera, te voy a traer la cadena. Anoche dormí con ella para no perderla y la dejé en una cajita en mi velador.

El Negro sonrió, puso su mano en mi cara y con ella recorrió todo mi rostro.

- No se preocupe, patroncito. Usted la cuidará mejor que yo. Siga guardándola.
- ¿Quieres entrar un rato? Podemos comer algo, te puedo dar un poco de café...

El Negro sonrió otra vez.

PRIMEROS JUEGOS

- ¿Entrar? Yo no puedo entrar ahí patrón, vaya usted y cuídese.
- ¿Por qué no puedes entrar?
- Porque yo no existo para ellos, recuerde siempre eso.

Nos miramos como midiendo qué debíamos hacer o decir.

- ¿Te veré mañana?
- Yo siempre estaré con usted, patroncito, siempre.

Me quedó mirando un largo rato en silencio, luego con suavidad me golpeó el mentón con su puño. Lo vi partir corriendo hasta las rocas con la manta agitándose con el viento y luego desaparecer. Estuve parado en la puerta largo rato hasta que sentí frío. Iba a entrar cuando creí percibir una sombra en el corredor que parecía estar espiándome. Quise averiguar quién era, pero el miedo me detuvo. ¿Por qué tenía esa sensación cada vez más arraigada? ¿Cuál era la verdadera causa de mi desasosiego y mi temor?

Cuando entré todos se encontraban jugando a las cartas, excepto Gustavo que se hallaba en el sillón, vestido como de costumbre completamente de blanco, leyendo con absoluta concentración un libro.

Esa noche estuvo fría y mientras trataba de conciliar el sueño, escuchaba con absoluta claridad el ruido de los tambores en la lejanía. Uno y después el otro, tam-tam, tam-tam, durante toda esa noche, como presagiando acontecimientos indefinibles. Sintiendo esos tambores me quedé dormido, vencido al fin por el cansancio y por las incertidumbres, con la cadena del Negro alrededor de mi cuello y con su aroma salobre entre mis sueños, pero en medio de la noche y a través de la fiebre surgió de pronto la figura de Gustavo, abrazándome, mirándome con sus ojos azules cargados de intenciones no develadas y así, entre tam-tam y pesadillas, entre el sopor y el desconcierto iba entre la figura del Negro desnudo en medio del rancho perdido en algún punto de aquel balneario y la de Gustavo que se acercaba, poniéndome su brazo alrededor del cuello para quedar congelado en una fotografía.

En la madrugada desperté sobresaltado, con la sensación vaga de ser observado, encendí la luz y recorrí todo el cuerpo con la mirada pero no había nadie ni se escuchaba tampoco un solo ruido en el resto de la casa. Entonces una bocanada de aire me trajo el aroma de Gustavo y ya no pude conciliar más el sueño, esperando con impaciencia la llegada del nuevo día.

El Negro me dijo que se iría al atardecer y cuando me lo repitió recordé que había dormido muy mal la noche anterior. Durante la velada, Clara había tenido que acudir a mi habitación, cuando grité saliendo de una pesadilla que después no pude recordar. Mamá me advirtió que no abandonara la casa ese día, pero yo sentí la necesidad de estar con el Negro, especialmente para tratar de averiguar algo más de aquella conversación interrumpida, pero también porque sentía una especie de premonición indefinible que lo involucraba a él, a mí y a todos los que me rodeaban, casi una advertencia que todavía no cobraba la fuerza suficiente para manifestarse, pero que ya estaba creciendo.

- Mañana la marea estará buena, patroncito. Habrá ganancias.

Y mientras decía esto iba y venía de lado a otro, recogiendo sus implementos, sus lienzas, las redes. Yo sentí la misma tranquilidad de costumbre a su lado, pese a que desde mi llegada al balneario me encontraba nervioso, retraído, hipersensible a los más mínimos cambios de la atmósfera. El Negro iba y venía silbando y la melodía me resultaba cada vez más familiar, pues ahora no me abandonaba ni siquiera mientras dormía, emergiendo desde las sombras espesas del mundo de los sueños.

- Espéreme pasado mañana a las ocho en punto, le tengo un secreto.

- ¿Un secreto? ¿Cuál?

Mi corazón dio un vuelco súbito. ¿Acaso había llegado al fin la hora de descifrar mis dudas?

- Si se lo digo dejará de ser un secreto.

- Bien. Estaré aquí a las ocho, te lo prometo.

- Lo esperaré, patroncito. Cuando regrese vamos a compartir un gran secreto.

Durante el resto de esa jornada estuvimos conversando de sus aventuras en alta mar, de las leyendas que rodeaban el balneario, pero no me mencionó para nada el secreto o los tambores que solamente yo parecía poder escuchar. En mi interior las preguntas se ahogaban, pero yo trataba de aparentar una calma que estaba perdiendo en forma gradual. Las historias del Negro eran fantásticas y entretenidas, aunque no obstante y a pesar de los múltiples detalles hermosos con que las adornaba, no lograban distraer mi inquietud y así, casi al mediodía, dijo que partiría porque tenía que pasar antes a otro lugar, a prepararlo todo para la sorpresa. Mis ojos trataban de capturar todos esos segundos para guardarlos muy bien ya que tenía la intuición de que estaba viviendo una etapa demasiado importante y decisiva para mí y que por lo mismo no podía perder. Ordenamos los

PRIMEROS JUEGOS

bultos y luego, caminamos con tranquilidad por la playa, sintiendo en mi interior la certeza de que el Negro estaba agradecido de mi compañía y sentía alegría de compartir conmigo los placeres por las labores sencillas que, quizás hasta ahora, nunca había podido realizar con ninguna otra persona. Al llegar al bote el Negro se detuvo, guardó todos sus utensilios y se volvió hacia mí. El sol estaba en su punto máximo esa mañana, recuerdo, porque al volver el rostro el brillo lo hacía parecer diferente, como si fuera de otro mundo y sólo podía distinguir sus ojos profundos y ligeramente burlones.

- ¿Me va a venir a esperar?

En su pregunta yo leía signos extraños, intenciones como subterráneas y contenidos que entonces parecían estar a punto de revelarse para mí.

- Claro que sí, es una promesa, aquí estaré.

- Bien, nos vemos entonces.

- ¡Suerte!

- ¡Ah! No se olvide, patroncito, pase lo que pase la cadena debe mantenerla siempre usted, es suya, es lo único que puedo darle.

Quise decir algo pero no lo hice. Sentía que aquellas palabras eran demasiado importantes para él y no debía romper la magia del momento. Antes de subirse al bote el Negro se acercó y puso sus manos grandes sobre mis hombros y sin que yo pudiera advertirlo posó su boca en la mía, depositando un beso que más era una caricia y que me hizo ruborizar por completo, luego se separó, arrastró la embarcación hasta la salida de un muelle improvisado en las piedras y comenzó a alejarse mientras reía y me hacía señas. Desde la orilla yo le respondía sintiendo en mi interior que la angustia crecía, pareciendo que iba a reventar porque algo rugía dentro de mí y yo no sabía cómo podía liberar aquella fiera que al fin estaba despertando y clamaba por su libertad.

Volví a casa agotado. Me duché con tranquilidad y me vestí como un sonámbulo, dejando que las ideas fueran ganando su espacio, tratando de ordenar el puzzle que se me presentaba en ese balneario. Cuando estaba peinándome sentí un golpe suave en la puerta y al abrir me encontré con Gustavo.

- ¿Estás ocupado? Deseo hablar contigo.

- No, pasa, estaba por bajar a comer.

Estaba inquieto. Percibí de inmediato ese detalle a pesar de sus ademanes desenvueltos y su evidente deseo por parecer tranquilo, también noté ese aroma exquisito que ejercía una ansiedad desconocida en mi interior. Gustavo se paseaba por la pieza jugando con unas llaves entre sus dedos. A cada instante me parecía que se iba a lanzar encima mío como si fuese un animal que ataca a su víctima de

PRIMEROS JUEGOS

improvisado. De pronto, se detuvo y volviéndose hacia mí me dijo con extrema suavidad, casi como si acariciara las palabras.

- Esta noche quiero invitarte a una fiesta, Daniel. No puedes negarte, es demasiado importante que asistas porque es una fiesta en tu honor.

Sus ojos tenían ese brillo especial e inquietante que empezaba a ser cada vez más familiar. Era una mirada con un fulgor que me descontrolaba.

- ¿Para mí? ¿Por qué?

- No hagas tantas preguntas, Daniel. Es preferible que sea una sorpresa. ¿Irás? No puedes fallar.

- Pero...

- ¿Qué ocurre? ¿No te agradan las sorpresas?

- Es curioso, alguien me tiene también una sorpresa...

Su mirada se posó directamente en mis ojos. Nunca había visto tan cerca sus ojos azules, brillando con una chispa intensa.

- ¿Sí? ¿Quién?

- No, nadie especial.

- Bueno, ¿irás a la fiesta?

- Es que...

- Por favor...

Su voz era seductora, dulce, daba la sensación de que estaba jugando, sintiendo el placer de acorralar a su víctima, sin dejarle espacio para que ésta pudiera huir. Estaba cada vez más cerca de mí y eso me provocaba una ligera incomodidad a la vez que una corriente extraña de fascinación.

- Está bien, iré. ¿Dónde es?

Ahora sus ojos se abrieron y una chispa surgió de ellos para posarse en los míos. Estaba radiante, como liberado de una tensión subterránea que le había impedido comportarse con naturalidad.

- ¡Perfecto! No te preocupes, yo te llevaré, porque cuesta un poco llegar hasta allá. Por favor dile a tu mamá que no se preocupe, que llegarás muy tarde, para que ella no se inquiete.

- Sí, no lo olvidaré.

- A propósito, ¿trajiste alguna ropa blanca?

- ¿Ropa blanca? ¿Para qué?

- No preguntes, ya lo verás. ¿Tienes o no?

- No sé, creo que no. Una camisa, no estoy seguro. ¿Es muy importante?

PRIMEROS JUEGOS

- Mucho, pero no te preocupes, yo te conseguiré algo adecuado allá. Bueno, me voy, no olvides de avisarle a tu mamá y estar listo para que no perdamos tiempo.
- ¿A qué hora debo estar preparado?
- A las ocho en punto. Yo vendré por ti.

Me quedé mirándolo con extrañeza. Se había puesto ligeramente pálido y como hipnotizado se acercó hacia mí. Observaba con absoluta atención la cadena que me había regalado el Negro y que colgaba de mi cuello. Una leve sombra surgió en su expresión que él supo disimular a la perfección.

- ¿Y esta cadena? ¿Es tuta? Es muy fina...
- Sí, es mía.
- Una cadena muy hermosa, muy interesante. ¿Está grabada?

Al preguntarlo se acercó aún más para observar el detalle, su olor me bañaba por completo, ejerciendo una atracción demasiado incontrolable e imposible de soslayar. Mientras miraba la cadena, su cabello rizado me rozaba la nariz y cuando levantó su rostro quedamos frente a frente, demasiado juntos. Él me sonrió y con una suavidad extrema se retiró el mechón de su cabello que le caía sobre su frente y se apartó de mí. Nos miramos sin decirnos nada. Al cabo, pareciendo despertar, me insistió en que no olvidara ningún detalle. Luego salió de la habitación, dejándome con el aroma de su perfume y una vaga inquietud que ahora se había afincado de manera definitiva en mi interior.

Terminé de peinarme y bajé. Mamá estaba conversando con el padre de Gustavo en la sala. Su rostro dejaba traslucir una intranquilidad cuya razón no logré determinar y, asimismo, una buena dosis de aburrimiento bien disimulado. Al verme aparecer se disculpó y vino a mi encuentro.

- Comeremos enseguida. ¿Vas a salir otra vez?
- Sí, pero no te preocupes, volveré tarde, pero no me esperes, acuéstate tranquila. Estaré bien, te lo aseguro, mamá.

No me respondió nada, pero yo leía un temor vago en su mirada. Entonces, el padre de Gustavo se acercó con una copa con vino y extendiéndola me dijo:

- ¿Cómo ha estado usted joven? No he tenido oportunidad de conversar mucho con usted. No se ha aburrido supongo, ¿o me equivoco?

El tono de su voz era ligeramente burlón y sus palabras se me antojaron como cargadas de dobles intenciones que yo no alcanzaba a descifrar del todo. Mamá anunció que la comida estaba servida y mientras pasábamos al comedor, una irritación creciente se iba apoderando de mí. Clara estaba destapando las fuentes y preparando las copas y un agradable aroma bañaba el ambiente, sin embargo la conversación se tornó pesada, monótona, forzada, pasando de algunos

PRIMEROS JUEGOS

comentarios pueriles al deseo que tenía el padre de Gustavo de que su hijo estudiara algo importante en la capital. Ya cumplió dieciocho años, dijo, y ha jugado mucho. Ahora deberá ponerse serio para hacerse cargo de todo después. Mientras hablaba y hablaba yo no estaba presente, porque veía a mi madre conversar con el viejo, a Clara preparar los platos con los guisos y distribuir las ensaladas, mi mente vagaba más allá de los cristales del ventanal, por sobre el mar. Pensaba en el Negro que empezaría a prepararse a esa hora para su aventura nocturna en medio del oleaje, mis pensamientos estaban en ese hombre tostado por el sol y con su mundo reducido, limitado a su cabaña de cartones y de trozos de lata y oí el silbido del Negro y sentí otra vez ese cosquilleo en el estómago y volví a la realidad y la realidad era el papá de Gustavo de pie, frente a mí, silbando exactamente lo mismo que el Negro y mamá ya no estaba porque se había levantado para ir a buscar el café y ese silbido llenaba la estancia, recorría los pasillos, penetraba en cada rincón de ese lugar laberíntico situado precisamente al borde mismo del mar.

- Eso que silba, esa melodía, ¿de dónde la sacó? -pregunté de golpe. Los ojos del viejo se llenaron de sombras y su voz sonó fría al contestarme.
- Es mi melodía favorita. ¿Por qué?

Traté de mantener la mirada y el tono cortante cuando le repliqué:

- Por curiosidad, nada más.

Y la tarde cayó definitivamente. Mis padres estaban jugando a las cartas, el viejo se había retirado temprano porque dijo haberse agitado demasiado durante el día y yo me encerré en mi cuarto, sin poder resistir la tentación de dejar abiertas las ventanas de mi cuarto abiertas de par en par para que entrara el viento. Miré el reloj. Eran casi las ocho. Gustavo estaba por llegar. Volví a mirar el reloj y estaba a punto de salir de mi cuarto cuando el sonido de los tambores me dejó clavado en medio de la pieza, inmovilizándome. Sonaban otra vez, pero ahora estaban más cerca, sonaban con furia, siniestros, anunciando, advirtiendo algo y la opresión que estuvo persiguiéndome desde la mañana recobró toda su fuerza y me hizo correr hasta la ventana y gritar a todo pulmón, con todas mis fuerzas ¡Negro! y luego cerrar los ojos. Entonces apareció Gustavo en mi cuarto, vestido impecable de blanco riguroso y tendiéndome su mano me dijo que estaba todo dispuesto.

- Vamos, Daniel, ha llegado la hora y estamos preparados para darte la bienvenida.
- ¿Preparados? ¿Quiénes?
- Mis amigos. Todos quieren conocerte. ¿Está todo dispuesto?
- Sí. Estoy listo.
- Perfecto, vamos entonces.

PRIMEROS JUEGOS

Su mano alcanzó la mía y yo la cogí con suavidad. Estaba cálida, acogedora. Avanzamos por el pasillo y salimos silenciosamente por la puerta de servicio, bajamos la larga escalinata que conducía a la playa y desembocamos en un extremo del acantilado y una vez allí él me indicó que corriéramos hasta los roqueríos. Los tambores llenaban el ambiente pareciendo nacer desde los mismos peñascos, dando la sensación de que nos encontraríamos allí mismo con los misteriosos músicos. Recién entonces caí en la cuenta de que en la casa nadie parecía siquiera haber notado todo este movimiento, esta algarabía, este bullicio que ahora nos envolvía, nos acogía y parecía ir guiándonos por senderos maravillosos y bien delineados. Durante todo este trayecto nuestras manos seguían unidas, pero con un ligero y hábil movimiento Gustavo las entrelazó y así tomados íbamos como flotando encima de las rocas, deslizándonos con total tranquilidad por sobre las piedras, buscando los furtivos caminos que nos llevaban directo hacia la fiesta y fue cuando en un momento debí hacer un esfuerzo especial para trepar encima de un promontorio que Gustavo debió estirar sus brazos para ayudar a levantarme cuando mi corazón se detuvo en seco porque justamente en uno de sus brazos, estaba la misma cicatriz finita, en el mismo sitio del Negro, y no era una cicatriz sino un dibujo, un signo particularmente diseñado sobre la piel, apenas cubierto por los vellos rubios. Quise preguntarle cómo era posible aquello, qué significaba todo eso que no podía de ninguna manera ser una simple casualidad, pero no lo hice porque noté que Gustavo estaba como en trance, una especie de vaho eléctrico nos rodeaba y ahora estábamos descendiendo por una peligrosa cuesta y él buscaba con calma el lugar exacto poner el pie y no resbalar, teniendo la plena certeza de que me conducía a un sitio demasiado importante, haciéndome en todo momento expedito el camino, libre de escollos la ruta, limpio el sendero por donde debíamos avanzar en busca de nuestro destino, introduciéndome en su mundo privado donde por fin los tambores se oían nítidos, ahora sí a nuestro alcance y mientras él me sostenía la mano para que lo siguiera en la oscuridad, yo trataba inútilmente de establecer las conexiones exactas entre aquella cicatriz y el Negro, entre el silbido y el padre de Gustavo, entre los tambores que nadie más que yo parecía escuchar y todos esos detalles que ahora estaban desplegándose delante de mí y de pronto, como si todo se hubiera revelado por fin, me sobrevino una alegría y una paz tan especiales que me hizo temblar, que me sacudió por completo y me hizo acercarme todavía más a esa figura pálida que me conducía como si voláramos encima de las rocas, ya casi llegando a un sitio oculto de cualquier mirada, protegido por las piedras milenarias y en cuyo centro ya se divisaba el fuego de varias fogatas. Y así, mientras seguíamos avanzando con nuestras manos entrelazadas, sentía que mi corazón latía presuroso, empezaba a entender alguno de los signos maravillosos que habían estado dispersos por doquier y que todo obedecía a un sino mágico -éste- que tenía un sello definitivo, pleno de conjuros especial que se iban convirtiendo rápidamente en recuerdos que jamás me habrían de abandonar, nunca, nunca más, hasta ahora, para siempre.

- La fiesta -dijo Gustavo- será en una cabaña. Estaré contigo justo a las ocho de la noche y al decirme eso sus ojos brillaron y después desapareció, dejándome absolutamente desconcertado.

La sola idea provocó en mí una extraña desazón y casi sin advertirlo estuvo todo ese día vagando ansioso, tratando de apurar los relojes que ahora parecían estancados, negándose a avanzar hacia lo inexorable. Y mamá, con su rostro transformado por una máscara cada vez más inescrutable, llena de sombras y dudas, me miraba ir y venir por la casa, palpando la superficie de los muebles, abriendo y cerrando libros, fingiendo interesarme por las plantas de los múltiples maceteros distribuidos en el salón central, cambiando de sitio los adornos, sin decirme absolutamente nada, oliendo tal vez que algo se aproximaba.

Tampoco hubo preguntas cuando le dije que aquella noche saldría y llegaría muy tarde, que no se preocupara por esperarme. Porque acaso intuía que todo estaba decidido sin su milagrosa intervención y que cualquiera fuera su comentario o su opinión al respecto, sus palabras caerían en el vacío.

Siento como si la sangre se fuera deteniendo en mis brazos porque parecen a punto de reventar del dolor, un dolor que ahora se traslada al cuello donde un nudo parece ahorcarme sin compasión y la sangre sube y se aloja en mi cerebro para impedir acaso que vayan agrandándose los recuerdos, para tratar de evitar que la verdad aparezca, esa verdad que estuvo encerrada tantos años y que ahora me resulta tan inverosímil. Escucha muy bien Danilo, porque esta historia la estoy tejiendo para ti, para todos tus sueños. Esa noche, el reloj marcó al fin las ocho de la noche y me sorprendió ansioso, temblando sin poder controlarme, sudando de frío o de miedo, escuchando los latidos de mi propio corazón, oyendo las olas embravecidas rompiendo a los pies de la casa y sintiendo con mayor vehemencia cómo las sombras se apoderaban de ese inmenso balneario, sintiendo interrumpidas y alteradas por el sonido de los malditos tambores. La fiesta será en la cabaña, estaremos solamente nosotros, Daniel y unos amigos seleccionados que desean conocerte. Sólo amigos que quieren pasar un rato agradable. ¿Vendrás, no es cierto? Escúchame con absoluta atención: cuando sean las ocho de la noche en punto yo vendré por ti, no te vayas a olvidar, todo estará dispuesto para que seas bienvenido. El reloj había dado las ocho recién y yo estaba temblando en la cama, aterrado sin saber por qué, cuando de repente comenzó a llenarse el ambiente del sonido potente de los tambores, primero como una letanía, luego como un ruido ensordecedor que me advertía, de eso estaba seguro, que Gustavo aguardaba por mí tal como lo había anunciado. Porque era la noche escogida, la noche decisiva, porque todo estaba oscuro y yo debía salir de la casa por la puerta de servicio para reunirme con él en la playa y los tambores sonaban por todos lados, pareciendo cubrir todo el balneario, con su ritmo endemoniado y yo pensaba, recuerdo, por

PRIMEROS JUEGOS

qué los demás no podían escucharlos, pero ya no había más tiempo para pensar nada , porque estaba todo decidido y yo me levantaba con un impulso, corría al ventanal, abriéndolo de par y par y gritaba no sé qué para así ahuyentar el último vestigio de mi inocencia y después me daba vuelta y lo veía a él, completamente de blanco, en medio de la habitación, y sin decirme nada me extendía su mano y cogía la mía que estaba fría mientras que la suya parecía quemarme y envuelto en ese aroma embriagador me dejaba conducir, mientras todo a nuestro alrededor estaba cubierto por un velo de silencio, de sigilo, de complicidades y de enigmas. Seguramente alguien -¿papá, mamá, tal vez la vieja Clara?- pudo haberme visto pasar agazapado y luego deslizarme por encima de la arena suave rumbo a la playa que a esa hora estaba oscura y desolada, junto con Gustavo que estaba enteramente vestido de blanco y oliendo a una exquisita fragancia que llenaba todo el espacio. Nos fuimos bordeando una enorme y peligrosa extensión de roqueríos que remataban directamente hacia los acantilados, mientras abajo las olas seguían su ritmo ensordecedor, bramando, aullando desde la eternidad. A medida que avanzábamos los promontorios se hacían cada vez más difíciles de sortear, dando paso a una especie de pasadizo natural en medio de las rocas, como si pretendieran impedirnos que llegáramos a nuestro destino, pero se notaba que Gustavo conocía perfectamente el camino y yo sentía su mano cálida y protectora, indicándome que no debía temer nada porque cada detalle esta noche había sido considerado y no habría un solo impedimento. Recuerdo que el mar seguía rugiendo con más furia, como si se tratara de una bestia herida o acorralada allá abajo y una capa suave de niebla flotaba encima de nosotros mientras el aire se llenaba de sonidos de tambores, las olas golpeaban las rocas y el camino ahora se desdibujaba en medio de las sombras. Cuando empezamos a bajar por un recodo, una hilera lejana de lucecitas apenas se dejó vislumbrar en el lejano horizonte, indicándonos el otro lado de la bahía y de los pliegues costeros. Nosotros seguimos avanzando uno al lado del otro, cada vez más cerca, sin decirnos nada. Yo iba aspirando ese perfume tan especial que parecía brotar de cada uno de tus poros y sentía renacer esa exquisita sensación de desasosiego e inquietud, mientras advertía que una sonrisa apenas dibujada iba cobrando fuerza en tu rostro pálido a esa hora y en ese tiempo irreal. Súbitamente doblamos hacia un despeñadero y apareció delante de nosotros una cabaña suspendida en una tierra de nadie. Era un paisaje totalmente desconocido para mí, enclavado en un punto remoto, entre las rocas, el silencio y la noche y que yo no había siquiera intuido que existía a pesar de mis largas caminatas de los días anteriores. Cinco figuras surgieron de repente en medio de la oscuridad, todas las cuales venían aproximándose envueltas en mantas y sosteniendo lámparas que el viento hacía oscilar. Se notaba que habían estado esperando por nosotros y al vernos, se detuvieron como esperando una orden. Gustavo se adelantó y les dijo algo ininteligible. Mientras aguardaba, pude notar que todos ellos vestían también de un blanco riguroso, como si se tratara de una tenida uniforme. Al cabo, Gustavo regresó y me tendió su mano, caminamos unos cuantos metros detrás del grupo de muchachos y al llegar a una especie de anfiteatro natural en medio de las rocas, se detuvo y volviéndose a mí me pidió

PRIMEROS JUEGOS

con extrema delicadeza que me cambiara la camisa por otra que me extendió y que era de una seda blanca exquisitamente diseñada y oliendo a una fragancia que desconocía. Es absolutamente necesario –me dijo- y pasó su mano por mi rostro como si quisiera dibujarlo con suavidad y yo pude notar que sus manos también estaban impregnadas de ese olor maravilloso que no era perfume, ahora lo sé, sino una especie de bálsamo que se impregnaba en la piel y dejaba una huella indeleble. Cuando terminé de cambiarme la camisa, los otros muchachos se acercaron sonriendo. Noté entonces que todos bordeaban mi edad y cada uno parecía como estar en una especie de trance magnífico. Uno de ellos se aproximó más y me puso algo muy frío en la frente y yo me sentí bañado de pronto por una excitación creciente y todos se rieron de manera amistosa y el vértigo se apoderó otra vez de mí y entramos en la cabaña y entonces mis ojos se abrieron completamente turbados por el asombro pues en el interior de la cabaña todo era brillante, resplandeciente gracias a la luz de decenas de velas dispuestas con sumo cuidado por cada uno de los costados del recinto y que a medida que nos movíamos iban creando una serie de sombras y figuras retorcidas en las paredes cuando el viento que se colaba movía las llamas. En el medio de la habitación me esperaba sonriendo Gustavo y junto con tenderme su mano me indicaba que me sentara encima de una alfombra mullida dispuesta en un extremo mientras los demás cerraban la puerta y se arrodillaban cerca de mí riéndose siempre y por un minuto contemplé sus ojos extraviados y sentí miedo, mucho miedo y tuve el impulso de salir corriendo de allí y abandonarlo todo, pero otra vez de entre las sombras surgió Gustavo y ahora estaba absolutamente transformado, cada vez más pálido pero más hermoso y situándose en medio de la cabaña y con sus ojos azules y cristalinos fijos en los míos algo gritó y la noche entonces se partió en dos.

Tam-tam, tam-tam...

Los tambores empezaron a sonar en alguna parte de la cabaña y todos parecieron cobrar una nueva vitalidad, riéndose cada vez más fuerte sin existir un motivo aparente y de repente cada uno de ellos se abalanzó encima mío, tendiéndome sus manos para saludarme, para hacerme sentir cómodo, que yo era uno de ellos, que no tuviera ninguna desconfianza y cada uno me tomaba las manos afectuosamente y balbuceaba algo que no alcanzaba a entender y después daba paso al otro y luego al siguiente hasta que cada uno de esos muchachos me hubo saludado con un cariño que contagiaba.

Tam-tam, tam-tam...

Y cada uno de ellos me decía que yo era bienvenido, que me sintiera relajado, cómodo, en confianza, porque me encontraba entre amigos y tú eres uno de los nuestros y nosotros te estábamos esperando Daniel y ahora por fin has llegado y desde ahora y para siempre serás uno de los nuestros, serás uno de los favoritos Daniel porque vienes desde lejos, porque te han escogido especialmente a ti y yo trataba de ver tu rostro, Gustavo, y estabas como alucinado, en medio de la habitación y el humo surgía de los cuatro costados y tu perfume se mezclaba con un aroma exquisito como a incienso y las llamas de las velas parecían a punto de apagarse en ese recinto que se llenaba de olores, sombras y sonido de tambores.

PRIMEROS JUEGOS

Tam-tam, tam-tam, tam-tam...

Y entonces Gustavo se quitaba la chaqueta blanca y la lanzaba con todas sus fuerzas al aire y mis ojos observaban fascinados el desplazamiento de esa prenda alba que se quedaba como flotando un instante en el aire para después caer en un rincón cualquiera, tam-tam, tam-tam, tam-tam y Gustavo se aflojaba el nudo de su corbata y dejaba que ésta se deslizara como una serpiente entre sus dedos para luego ir a caer en otro rincón de la pieza, tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam y alguien aparecía trayendo una bandeja con vasos azules que contenían en su interior un líquido que quemaba las entrañas y que hacía girar todo y yo me sentía como flotar y ya no tenía frío sino mucho calor, un calor que asfixiaba, pero que tampoco era calor sino una especie de vaho eléctrico que me contagiaba y me hacía comprender, en medio de los ruidos, el estruendo, las risas, las decenas de velas que iluminaban la pieza y los tambores ensordecedores que esa noche estaba cobrando por fin una explicación en medio de tantas incertidumbres.

Tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam...

La cabaña entera giraba ahora y se agrandaba, alcanzando proporciones descomunales y yo trataba de aferrarme del brazo de Gustavo, desesperado por el mareo, pero no encontraba su brazo y me tambaleaba grotescamente hasta caer, pero ahora volvía a sujetarme y alzarme y Gustavo me extendía sus manos y me acariciaba mientras todos los demás sonreían lejanos, muy lejanos y etéreos, muchísimo más allá de este mundo que ahora iba descubriendo. Gustavo me ponía sus manos en el rostro y me hacía beber ese líquido que quemaba mis entrañas y me decía algo en el oído que no entendía y yo tocaba al fin su cabello y deslizaba mis dedos por su cabellera y por su cuello y él se reía, mirándome profundamente, haciéndome saber que el juego era compartido, que esa noche todo estaba permitido.

Tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam...

Alguien me decía de pronto si era capaz de fumar. ¡Apuesto a que no eres capaz de hacerlo, Daniel! -me gritaba una voz sin rostro y yo sonreía, cogiendo uno de los cigarrillos que otro me extendía y aspiraba y fumaba y sentía que mi tos y mis ahogos me iban a matar y todos se reían y aplaudían y después alguien salía desde las sombras y me preguntaba si era capaz entonces de tomar más de ese líquido extraño que estaba dispuesto en los vasos azules y yo tomaba otro trago sin siquiera pestañear, bebiendo hasta la última gota y volvía a beber más, una y otra vez de ese líquido que me quemaba los intestinos pero que ahora ya no quemaba y que era como más dulce, me gustaba, me producía una exquisita sensación de atontamiento y exultación a la vez.

Tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam, tam...

Sus rostros estaban ahora perdidos en el humo que envolvía toda la cabaña y después sólo eran sombras que me gritaban desde lejos, sombras que adquirían formas extravagantes y quebradizas. Todo era un ir y venir de sensaciones, de palabras sueltas y carcajadas y alguien desde un rincón me preguntaba si era capaz ahora de quebrar una de las botellas y yo los contemplaba y reconocía signos de desquiciamiento en sus ojos extraviados y sentía que sus voces eran metálicas y

PRIMEROS JUEGOS

todo parecía tan irreal y yo tomaba la botella que primero encontraba a mi alcance y la lanzaba, haciendo que se estrellara en la pared , mientras el líquido saltaba, salpicando a todos, chorreando la madera, formando ríos extraños y espesos en las tablas, impregnando la estancia de un olor suave y especial.

Tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam, tam-tam...

¿Eres capaz de bailar para nosotros en el centro de la habitación? – preguntaban y yo sentía a mis espaldas sus aplausos frenéticos y un trance del que no era posible escapar se apoderaba de mí y yo sabía que ahora debía entregarme a ese juego, porque las puertas y ventanas de ese recinto estaban cerradas y tenía que seguir las instrucciones de este juego excitante y perturbador y yo me levantaba torpemente para caer encima de unas botellas y ellos me tironeaban de la ropa para que me pudiera parar y al fin lo lograba no sin dificultad y empezaba a danzar frenéticamente, afirmándome en sus cuerpos sin rostros, dejándome llevar por el sonido de los tambores y todos aplaudían desde lo lejos y la noche era tan hermosa y contradictoria con ellos ahí, a mi alrededor, saltando, aullando, gritando, bailando con el mismo frenesí que me contagiaba sin poder evitarlo.

Tam-tam, tam-tam, tam, tam-tam...

¿Eres capaz de acariciar a tu amigo? –gritaban todos y los sonos de los tambores inundaban la habitación y ese vaho eléctrico me invadía por completo y yo los observaba y te miraba a ti, por primera vez te miraba realmente de frente y tú resurgías sonriéndome y yo alcanzaba a divisar a la tía Pocha haciéndome señas mientras el automóvil se alejaba de la casa y después sentía cómo Marcela se acercaba a mí y me abrazaba y yo la acariciaba sin sentir pudor, sin sentir un ápice de vergüenza porque quería sentir esa piel y saber que era correspondido y Marcela me acariciaba la frente y me corría un mechón de mi cabello y me pedía que la besara antes de que llegara su abuela y nos descubriera en la oscuridad y yo extendía mis brazos hacia el cuerpo frágil de Marcela que ahora eras tú y sentía cómo te adherías a mi piel y yo por fin podía aspirar ese aroma de cerca y dejaba que Marcela me mordiera los labios que eran los tuyos Gustavo y sus manos que eran tus manos me recorrían la espalda y me tiraban del cabello y tu aliento se mezclaba con el mío y Marcela besaba tan hermoso que me agradaba y los demás hacían un ruido tan ensordecedor y yo seguía besándote Gustavo, sintiendo cómo tu boca succionaba la mía y sabía que ese beso era ansiado, era magnífico y tu lengua se juntaba con la mía y yo cerraba los ojos y me dejaba llevar por ti a través de toda la habitación, sintiendo tu corazón latir tan acelerado como el mío y cuando abría los ojos, iluminado de súbito por la realidad de verme abrazado por ti, lograba divisar que alguien te pasaba un cuchillo finito y me tomabas del mentón con suavidad y me volvías a buscar la boca para depositar un beso, mientras la mamá se acaloraba en la cocina y yo transpiraba porque el calor de esa cocina se hacía cada vez más insoportable y Gustavo me besaba otra y otra vez y ese perfume me entraba por las narices y me gustaba tanto sentir aquello porque desde el primer instante había deseado tenerte así, junto a mí, conmigo, estar pegado a ti acariciando cada parte de tu cuerpo y sentirme cubierto por tu aroma, Gustavo querido, al fin saber que la noche era plena y que tú estabas a mi lado,

PRIMEROS JUEGOS

tam-tam, tam-tam, tam-tam, y ahora de pronto se había producido un silencio sepulcral y yo trataba de retirar mis manos de las tuyas porque de repente había vuelto a la normalidad pero tú lo impedías con firmeza y las volvías a tu pecho y hacías que lo acariciara por completo, despojándote de tu camisa, y después aproximabas mis manos a tu vientre que subía y bajaba y yo recorría cada extensión de tu piel hasta que mis manos llegaban a posarse en tu sexo endurecido y tú me murmurabas algo al oído que, por fin, entendía perfectamente, porque me decías que todo esto era un juego, que estábamos entre amigos y que no tuviera temor de nada ni nadie porque lo que estaba sucediendo era justamente eso, sólo un juego, nada más y que no debía darle importancia porque todo lo que iba a ocurrir debería pasar tarde o temprano, mi amor, y es mejor no huir, porque todo esto es tan hermoso, tan perfecto, tan maravilloso y mientras me decías que jamás nos podríamos separar los demás se empezaban a aproximar trayendo en una bandeja diminuta el cuchillo finito que brillaba a la luz de las velas y tú me insistías que todo esto era especial, que jamás nos íbamos a separar porque desde ahora los lazos que nos unirían estaban escritos con sangre, que eran especiales, extraordinarios, más allá de la simple razón cotidiana y yo trataba de besarte pero de pronto un dolor intenso me dejaba sin aliento por un segundo y bajaba mi mirada y la posaba en uno de mis brazos, el derecho, en donde ahora existía un signo, como una elaborada cicatriz, una marca magníficamente diseñada y la habitación giraba por completo, giraba una y otra vez y un grito sacudía entonces la cabaña y ese grito era mío y era de espanto y sacudía la noche porque del brazo brotaba la sangre fresca y se deslizaba como un río finito y los demás limpiaban la herida y tú Gustavo te aproximabas y con tu lengua terminabas de restañar aquella herida que ya no sangraba y que después comprendía que no era una herida y me decías imagínate querido Daniel que todo esto es un maravilloso juego, así, exacto, baja las manos por mi rostro, pasa tus dedos por mi nariz y llega a mis labios con la yema de tus dedos, eso es, acércate pequeño Daniel, acércate y dame al fin un beso diferente en esta noche, dame un beso que nos unirá más allá de toda tu comprensión y yo me aproximaba y depositaba mis labios y sentía confundirse su saliva con mi sangre que él había recogido y que ahora me la devolvía en un beso largo, exquisito, silencioso y Marcela empezaba a desdibujarse y la mamá alzaba la mirada para ver dónde se encontraba su hijo pero no lo veía porque él estaba en la mitad de una habitación rodeado por velas, olores extraños y fascinantes y mientras la mamá bajaba su vista hacia sus tareas cotidianas su hijo se entregaba al fin al juego tan esperado, mientras Gustavo le indicaba cuáles eran las reglas de ese juego que se repetía una y otra y otra vez durante toda esa noche y parte de la madrugada, llenando mi cuerpo con olores, líquidos, sensaciones y recuerdos y en medio de la noche yo abría mis ojos y no había nadie y sólo estábamos tú y yo, desnudos, encima de la alfombra y el calor que tu cuerpo transmitía estaba adherido al mío y yo recorría tu cuerpo con mis labios y despertaba en ti nuevamente el deseo y me decías ven, muchachito, ven y deja que te enseñe cómo es este juego y me abrazabas y me hacías entrar en un pozo profundo donde el dolor de tu penetración se confundía con el placer del descubrimiento y tus labios

PRIMEROS JUEGOS

recorrían cada centímetro de mi piel oliendo a noche, a misterios y a certezas y el calor me inundaba como me inunda ahora, un calor sofocante que se cuele en mi habitación y que me obliga a levantarme de la cama y abrir de par en par las ventanas para poder respirar un poco de aire fresco porque ese calor es intenso, tam-tam, tam-tam, tam-tam, aunque yo sé que no es calor sino deseo, tam-tam, tam-tam, deseo de que aquella noche se repita una y otra vez para recordar cómo fue exactamente cuando sentí por primera vez el miedo y la felicidad y en esas noches casi sin querer me toco uno de mis brazos, el derecho, y encuentro una cicatriz finita y perfectamente delineada que está para siempre allí y que en verdad no es una cicatriz sino que es un signo y mi mirada se llena de colores distorsionados, de olores exquisitos, de velas, de paredes bañadas en licor, se llena de tu presencia Gustavo, sobre mí, dándome tu amor lenta, intensa, poderosamente, dejándome marcado a fuego por el recorrido de tus manos sobre mi piel, por la marca que dejaste en mi interior, por la certeza de que esa noche de tambores y misterios descubrí cabalmente cuáles eran los primeros juegos que anhelaba desde siempre.

Fue la mamá quien llegó al mediodía con la noticia. Era una mañana curiosa pues, de pronto, el sol había aparecido con toda su fuerza y la mayoría de los porfiados veraneantes que habían esperado la reanudación del buen tiempo ya se estaban bañando en las aguas quietas y cristalinas del balneario. Desde el comedor, mientras desayunaba agotado por los acontecimientos de la víspera, podía oír la conversación de papá y una señora acerca de la mejor manera de cultivar las rosas. Un agudo dolor de cabeza me invadía y mi mente todavía vagaba por sitios lejanos y por eso mismo no me percaté de que mamá venía corriendo por la playa y que empezaba a subir por la escalera de servicio con su rostro completamente desenchajado. Sólo cuando sus gritos fueron demasiado evidentes nos levantamos todos y corrimos a su encuentro, abriendo la puerta de la terraza, justo para recibir a mamá que venía desfalleciente. Su rostro estaba descompuesto y su expresión resultaba alarmante. Siempre recordaré ese alarido que llenó la casa, paralizándonos a todos de golpe, dejándonos clavados en medio del más absoluto desconcierto.

-¡Encontraron un cadáver! ¡Justo frente a esta casa! Está encima de los roqueríos... dicen que fue un asesinato terrible... ¡Oh, Dios, qué espanto! ¡Qué ensañamiento más grande!

Recuerdo la palidez de mi padre y cómo trató de reaccionar para calmar a mamá que lloraba sin poder contenerse. La condujo suavemente hasta un sillón, mientras Clara corría llorando a la cocina en busca de un vaso con agua. El padre de Gustavo había aparecido y también su rostro denotaba palidez y congestión. ¿Por qué en medio de ese alboroto mi mirada tuvo que posarse en el brazo derecho del viejo? Mi corazón dio un salto inesperado al constatar que allí estaba la cicatriz finita -la mía, la de Gustavo, la del Negro- casi oculta entre los vellos. Los gritos de mamá, todavía presa del pánico, me trajeron de golpe a la realidad y la realidad era que la casa se había llenado de curiosos que inquirían detalles y gritaban sin ton ni son. Mamá se había desmayado, mientras todos estaban haciendo las más descabelladas conjeturas y comentarios. En ese desorden me deslicé como pude y bajé corriendo las escaleras hasta llegar a la playa, alcanzando con desesperación creciente los roqueríos, siguiendo una orden sorda que me impulsaba a correr, a correr sin sentido en ese minuto aciago en que todos permanecían hipnotizados sin comprender absolutamente nada de la noticia que ya había corrido de boca en boca por todo el balneario e incluso más allá de los límites de la extensa playa. La noticia había removido los cimientos de la tranquilidad de ese lugar todo casitas pintadas de blanco, hurgando en cada rincón de arena y rocas, obligando a los bañistas a salir del agua y aproximarse a los altos roqueríos que, en efecto, daban justo frente a la casa. En un alto promontorio estaba el cuerpo de la infortunada víctima. Unos carabineros trataban de contener a los niños y daban instrucciones

PRIMEROS JUEGOS

para que los intrusos no subieran a las rocas. Todos se habían congregado a los pies del roquerío y el bullicio era insoportable, ensordecedor y todos corrían, pululaban, revoloteaban, zumbando como abejas encima del cuerpo inmóvil y frío, muy frío, cubierto con una sábana ensangrentada. Y todos gritaban, nerviosos, llenos de curiosidad, y yo sentí de pronto una rabia sorda contra todas esas abejas asesinas que profanaban groseramente el sueño de un muerto que desde debajo de la sábana parecía contemplar el cielo.

A la una, casi toda la población se hallaba alrededor de las rocas junto a un cuerpo que nadie había podido ver y del que únicamente se sabía que lo habían asesinado de manera salvaje la noche anterior. Mis manos sudaban sin saber por qué. La multitud seguía zumbando cada vez más fuerte. Las abejas estaban rabiosas y desconcertadas.

Recién media hora después llegó la orden para levantar el cadáver, provocando una confusión mayúscula. El bullicio, el griterío y los zumbidos de las abejas eran ensordecedores, estaban en pie de guerra y algunas trataban de averiguar la identidad de la víctima, adelantándose temerariamente y entonces, en medio de todo ese zumbido que producían las abejas asesinas y justo cuando los carabineros trataban de abrirse paso para despejar el terreno, una mano desconocida corrió la sábana ensangrentada lo suficiente para poder verle la cara al muerto y la sábana descendió suavemente hasta los hombros y todos pudimos ver un cadáver bañado en sangre que tenía una herida profunda en la frente y que se prolongaba hasta el crecimiento del cabello y los ojos del muerto estaban muy abiertos, fijos en un punto donde la sorpresa había cedido paso a la muerte.

Mi grito sacudió el balneario, estremeciendo a todos, recorrió cada rincón de la playa de palmo a palmo e inmovilizó el cortejo de los policías y todas las caras se volvieron asombradas hacia mí. Las abejas quedaron de súbito en un silencio sepulcral, expectantes, aguardando el desarrollo de aquellos funestos acontecimientos sin poder entender nada y desde alguna parte, en medio de toda esa marea de rostros desconocidos y curiosos, surgiendo de entre la multitud apareció Gustavo, recuerdo, vestido enteramente de blanco y me tomó con extrema delicadeza del brazo y comenzó a arrastrarme, mientras yo seguía gritando y trataba de zafarme sin lograrlo, para abalanzarme encima del cuerpo inerte del Negro, que yacía inmovilizado para siempre sobre una camilla, muerto,, asesinado con violencia y ensañamiento, ostentando un corte profundo en la frente, hermoso sin embargo, enmudecido a la fuerza pero igualmente bello y misterioso, a pesar de mis gritos de desesperación, del calor sofocante a esa hora del día y al espanto de todos los que me miraban sin lograr entender qué estaba pasando conmigo.

¿Cuánto tiempo estuve en la estación de la policía? Dos, tres horas acaso, escuchando únicamente el monótono teclear de una máquina de escribir y el sonido de un ventilador. Alguien comentó acerca de que por fin el tiempo había mejorado. Otro comenzó a comer sonoramente una manzana y de vez en cuando miraba hacia donde yo estaba, sin decir ni una sola palabra. Alguien me había arrastrado hasta ese lugar, obligándome a separarme de Gustavo y ahora estaba sentado en una banca descolorida, aguardando por mis padres que estaban

PRIMEROS JUEGOS

encerrados en una oficina, seguramente declarando lo que ni siquiera entendían. Un carabinero revisaba mi declaración y de vez en cuando hacía unas anotaciones en una libreta. Una y otra vez había repetido exactamente lo mismo: éramos amigos, sí, pero ni siquiera sabía su nombre, ni tampoco de dónde provenía. No sabía ni un solo detalle concreto respecto de su identidad. Lo estimaba, sí, porque era amable conmigo, porque me hacía sentir bien, me gustaba conversar con él de sus aventuras en alta mar, aunque no tenía la menor certeza con quién se reunía o dónde. No podía ni siquiera sospechar de quién pudo tener ese ensañamiento para quitarle la vida. Simple casualidad, dijo uno de los policías y el que comía la manzana había sonreído con cierta ironía dibujada en su rostro. Simple casualidad. Y en esas palabras se dejaba entrever un desdén evidente, mientras yo miraba cada rincón de ese lugar asfixiante en que me encontraba y todo parecía ahora tan absurdo, tan confuso y desolado.

De pronto, apareció mi padre en la sala en que me encontraba. Venía pálido, desencajado, evidentemente molesto. Su descontento se podía adivinar con solo mirarlo y sus ojos cansados reflejaban la misma proporción de vergüenza y desconcierto por todo lo que estaba pasando. Uno de los policías entregó mi documentación a mi papá, le hizo firmar una serie de papeles, pidió corroborar sus datos y al despedirnos, mirándome con burla, dijo para que todos lo escucharan que para la próxima vez me cuidara mejor para que supiera elegir a mis amigos. Los ojos de mi padre se clavaron en mí con furia.

Salimos de la comisaría sin decirnos nada ni dirigirnos una sola mirada. Yo intuía que algo muy delicado se había roto para siempre entre él y yo. Mamá aguardaba en el automóvil y cuando subí tampoco ella dijo nada, poniéndome una chaqueta encima de mis hombros y luego desvió la mirada, apoyándose en el vidrio, cerrando los ojos. El vehículo comenzó a desplazarse con suavidad hasta que al fin llegamos a la casa. Cuando descendí del auto, apareció Gustavo y me tendió su mano cálida. Recuerdo que sentí un suave cosquilleo al verlo porque estaba inusualmente vestido completamente de negro y su rostro parecía más pálido de lo habitual y sus ojos estaban más brillantes y misteriosos. Ese brillo de su mirada era como una advertencia sutil acerca de algo que no alcanzaba a comprender. No lograba articular palabra y mis movimientos eran torpes y cansados. Entramos en silencio a la casa y me acompañó hasta mi cuarto y cuando estuvimos ahí cerró la puerta con pestillo. Su aroma habitual llenaba la habitación. Me tendí en la cama y lo vi acercarse, sonriéndome con dulzura, se sentó a su vez en la cama y me puso sus manos en la frente, murmurando algo ininteligible. Yo tomé sus manos y las apreté con fuerzas y rompí en llanto, un llanto sordo, a golpes, dificultoso y desgarrador. Lloré en silencio, con calma, abrazado a Gustavo, sintiendo su pecho agitarse con cada uno de mis gemidos. Estoy casi seguro de que Gustavo mencionó algo de un juego -otra vez- y yo le pregunté qué había sucedido, qué había pasado y él me miró directamente a los ojos y me hizo callar, sonriendo lejano, y me dijo que nunca me iba a poder olvidar. Un juego, dijo y esta vez lo escuché con absoluta nitidez, todo es un juego y me abrazó con fuerza, buscando mi boca con avidez, mientras sus manos me iban quitando la ropa y yo

PRIMEROS JUEGOS

olía ese perfume embriagador, sintiendo que su cuerpo se adhería al mío, que su piel era tan suave y su peso me dominaba por completo en el momento de poseerme. Cuando abrí de nuevo los ojos era ya de noche y toda la casa estaba en silencio. A mi lado Gustavo dormitaba teniendo su brazo encima de mi pecho. Yo acaricié su brazo y recorrí con suavidad mis dedos por ese signo magnífico que era una cicatriz finita tan bien dibujada encima de la piel que alguien podría haber llegado a suponer que era parte de la propia piel. Cerré otra vez los ojos, dejándome llevar por el cansancio y cuando desperté ya casi amanecía, Gustavo ya no estaba a mi lado, yo estaba completamente desnudo y todo mi cuerpo estaba impregnado de su olor y su exquisita transpiración y lo único nítido que me quedaba era el brillo de sus ojos azules y cristalinos mirándome seductores mientras los tambores y el fuego y los gritos y las danzas frenéticas de los demás eran cada vez más agudas y yo tomaba su mano para retirarla de mí, pero él la llevaba por mi frente, por mi cara, por mi cuello, por mi pecho, por mi vientre y más allá y todos aplaudían y Marcela estaba susurrándome algo al oído pero después no era Marcela sino Gustavo y él me tomaba con fuerza y depositaba sus labios sobre los míos y me decía que lo besara, que aprendiera a besarlo, eso es, con ganas, con deseos, y yo repetía la lección y los demás con sus tambores y sus fuegos de artificio desaparecían y sólo quedábamos tú y yo y tu perfume mientras me hacías el amor, dolorosa y compasivamente, mientras yo observaba hipnotizado ese signo que estaba para siempre en tu brazo y en el mío, idénticos, gemelos, repetidos... y sentía que tu cuerpo se confundía con el mío, sentía como entrabas completamente en mí y me dejaba llevar más allá de todos los límites y las certezas.

Esa noche los tambores volvieron a sonar hasta la madrugada, con una melodía distinta, como despidiéndose de mí, como advirtiéndome de tantos hechos que no lograba ni siquiera dimensionar.

En algún instante de esa noche se decidió que regresaríamos a la ciudad. A la mañana siguiente papá estuvo hablando durante mucho tiempo con el viejo y al salir de la habitación sólo se limitó a decirle a la mamá que todo estaba finiquitado: regresábamos a casa.

Mientras preparaba mi maleta, apenas conteniendo el llanto, tratada de encontrar algún sentido a todos los sucesos de esos días y me sorprendí llorando a mis anchas, por fin, sin tener siquiera la mano cálida y consoladora de Gustavo, sin entender los cientos de detalles dispersos, detalles que hasta hoy, querido Danilo, cuando te veo y tú me preguntas, cuando me siento en esta silla a esperar no sé qué, no logro descifrar del todo aunque intenta vanamente comprender las pistas que se fueron desplegando para mí aquel verano lejano en la memoria. Mi llanto aquella noche era por el Negro y su secreto que no me había alcanzado a revelar. Ese secreto que hoy, ahora, todavía me atormenta porque no podré acceder a él nunca más y es un detalle que me atormenta y oprime. Mi llanto aquella vez era también por todo lo que dejaba en ese balneario, por los juegos, por tu perfume que estaba seguro ya no volvería a tener nunca más junto a mi rostro.

PRIMEROS JUEGOS

Y a la mañana siguiente nos alejamos en silencio de aquella casa blanca y suspendida sobre el mar. Era un día hermoso, fresco y soleado. El automóvil empezó a deslizarse con suavidad por el camino lateral que conducía a la carretera central y en algún instante, lleno de dudas, temores y sombras, creí reconocer la cabaña donde había estado con Gustavo pero no pude saberlo con certeza porque el roquerío la apartó de mi vista violentamente y más tarde el sueño se apoderó de mí y no supe más del balneario, de esa gente y de ese tiempo misterioso.

De vez en cuando quise regresar a ese sitio. En una oportunidad incluso, sin saber bien cómo o por qué, me encontré con los pasajes en la mano, estuve dispuesto a irme, a regresar, pero en el último momento me debí arrepentir, por miedo, por ignorancia, vaya uno a saber. Y recuerdo que esa tarde estuve vagando todo el día por el terminal, sin decidirme a hacer nada, viendo cómo uno a uno partían los buses rumbo a distintos puntos del litoral, hasta que se hizo tarde, cayó la noche y yo me quedé como atontado, observando cómo las luces de la enorme ciudad se iban encendiendo poco a poco hasta formar un manto gigantesco.

Y el tiempo empezó a transcurrir pero esa imagen de la cara ensangrentada del Negro nunca me ha abandonado. Muchas veces me he despertado bañado en sudor, intranquilo, anonadado, queriendo escapar del foso en el cual estoy sumido sin lograrlo. Tampoco puedo quedarme tranquilo cuando Marcela va y viene por la habitación con la aspiradora porque me embarga una tremenda sensación de encierro y desesperación y tengo que salir, tengo que abandonarlo todo y salir a caminar, dejando que la hora avance y prefiero llegar tarde a la casa, cuando ella ya duerme para subir a la terraza y oír el murmullo de las olas, el griterío ensordecedor de la gente corriendo por la playa, la voz suave y seductora de Gustavo gritándome que espera por mí allá abajo, todo vestido de blanco, que me apresure, que ellos aguardan por mí pero claro, ni la playa, ni la gente, ni Gustavo están allí porque no hay mar ni playa, ni nada. Solamente una ciudad asfixiante, una inmensa ciudad sumergida en luces y estrépitos distintos que me devuelven a mi realidad. Y algunas veces, en los días de lluvia, he caminado por las avenidas desiertas, escuchando mis propios pasos y he creído divisar a lo lejos, mientras busco el camino de regreso, la figura del Negro que aguarda en una esquina para decirme al fin cuál era ese secreto que tenía para mí y no alcanzó a hacerlo porque una mano extraña surgió desde la profundidad de la noche para matarlo y para matarme a mí también, pero no era el Negro ni era Gustavo a quien persigo en cada silueta que avanza presurosa en estas calles y en este tiempo de lluvias porfiadas, no es Gustavo todo lleno de secretos y recovecos y miradas y juegos seductores, no es Gustavo con su piel dorada y oliendo a un perfume que quedó marcado para siempre en mí. Y sigo caminando, dejando que la lluvia me bañe por completo, sintiendo que la cadena que me dio el Negro adquiere un peso distinto. Y Gustavo desde el pasado me tiende la mano y me pone algo en la frente, algo helado y me susurra que vaya con él, que todo el pasado vivido -todo esto- es únicamente un juego, sólo un juego, malabarismos del azar, pesadillas y ruidos de tambores. Nada más.

PRIMEROS JUEGOS

PRIMEROS JUEGOS

Segunda parte

JUEGOS AZULES

PRIMEROS JUEGOS

1

- Quise hablar con usted, ¿sabe?, porque estoy verdaderamente preocupada. No había advertido la gravedad de todo esto, pero ahora se hace necesario que alguien me pueda aconsejar. No para tener respuestas, sino para saber escuchar y para poder vivir sin sentir remordimientos. No sabe cuánto he sufrido por la impotencia de no ser capaz de brindar ayuda como corresponde, mire, se podría decir que todo comenzó mal desde antes que ellos se fueran a la playa, aunque para mí ese viaje tuvo toda la culpa, no tengo una idea clara de por qué, pero lo intuí desde el preciso momento en que los estaba despidiendo, mientras veía sus rostros tan extraños esa mañana cuando el auto partió y ellos se fueron perdiendo a la distancia hasta dejarme sola en la calle, con la mano todavía levantada y con una fuerte opresión en medio del pecho. Yo estuve parada en el antejardín, mirando la calle sin mirarla, tratando de darle alguna forma a esos pensamientos que cruzaban de un lado para otro. Trataba de que éstos coincidieran, no sé, con alguno de los temores que me han estado asaltando desde siempre, sobre todo desde la muerte del viejo. Quiero serle muy sincera, para esto estamos hablando, ¿no? A mí no me importaba mucho lo que pudiera pasarle a la Elvirita o a su marido, total ellos ya vivieron y pese a todas las dificultades, vivieron bien. El que me preocupaba aquella mañana era Daniel, pues desde antes yo advertía signos inequívocos, cómo puedo explicarle, una serie de indicios que se iban juntando hasta formar un todo y era una suerte de presagio callado que se dejaba ver desde que era niño, ¿cómo puedo explicarle todo lo que estoy sintiendo? Yo creía que reía tan fácil de contárselo, pero no, no es fácil, al contrario, mire cómo me tiemblan las manos y por eso mismo es que necesito una palabra, un consejo para que me aliente, una palabra que me revele por la manera de cómo debo proceder con él porque ese día que se alejaban de la casa ya me dolía el pecho viendo a ese niño tan pálido que me hacía señas desde el auto y que se iba a vivir aventuras que tal vez no estaban en su ruta todavía, vaya una a saber. Yo traté de advertirle, de alguna manera, quise llamar su atención de alguna forma pero no pude porque él era un niño y yo soy una vieja, usted ve, y él no podía comprenderme en ese minuto en el cual su vida se estaba gestando sin que nadie más pudiera percatarse, pero durante todo ese verano no pude ni quise comunicarme con ellos porque tenía miedo, una angustia tan rara, ¿sabe?, como cuando una sabe que algo malo ha ocurrido y no quiere ir a la casa para no encontrarse cara a cara con la desgracia, sintiendo ingenuamente en el interior que sólo sea un mal pálpito, ¡ay! Cómo puedo explicárselo. Tal vez yo no quise contactarme con ellos porque íntimamente deseaba que él siguiera el orden universal y que nada ni nadie, al menos yo no, interrumpiera su cauce. Ese verano yo estuve tan intranquila y quise acercarme a otros amigos pero me di cuenta que ya no tenía

PRIMEROS JUEGOS

ninguno y que quienes aparecían de vez en cuando sólo me traían algunas novedades intrascendentes, chismes irrelevantes y nada más. Además pronto fui descubriendo que no los necesitaba de verdad y mis temores, ¿sabe? Permanecerían igual, yendo en aumento y yo trataba de disipar esos temores pero era muy curioso porque siempre regresaban, resurgían ante cualquier circunstancia y nuevamente el desánimo me invadía y ya no podía levantarme temprano y no deseaba hacer nada en la casa y cuando aparecían algunas personas, amigos de ellos, uno que otro matrimonio, trataba en lo posible de no alargar la conversación más de lo necesario porque me sentía como ahogada. Después volví a la rutina y la rutina era mover los muebles de un lado para ponerlos en el otro lado, sacudir, encerar los pisos, regar el jardín, limpiar de malezas las flores y sentarme a escuchar radio porque usted sabe que la televisión me molesta tanto con los colores chillones, los griteríos de los concursos y tanta violencia interminable y fue en ese momento cuando me entró como una desesperación súbita de saber qué estaba ocurriendo allá, en el balneario, me moría de ansiedad por saber algo, por recibir una llamada, unas cuantas letras, pero yo no me atrevía a molestarlos con mis locuras de vieja. Esperaba alguna señal invisible mientras seguía preparando dulces en la cocina, aguardando con nerviosismo creciente algún telegrama, una carta, trayendo una noticia que estaba segura no iba a ser nada buena. Por esos días me puse a seguir una serie radial que se llamaba 'Tinieblas en el corazón' a las tres en punto de la tarde y así pasaba la semana entera sufriendo por los dolores ajenos para no acordarme de los míos, pero ese acontecimiento sobrenatural no llegó nunca, y mi desazón crecía y no me avergüenzo de decirle a usted que me volví hasta supersticiosa, asociando cada ruido, cada detalle, aparentemente sin importancia a significados por completo distintos y esotéricos. Si el agua de la olla hervía antes de tiempo era un mal presagio, si las hojas caían antes de tiempo era una mala seña y así, todo el tiempo, yo buscaba algo que me explicara lo que seguía oprimiéndome el pecho y ¿sabe usted?, todo lo asociaba con Daniel. Porque en mí habitaban las dudas y las dudas se agigantaban a medida que avanzaba ese verano y esas dudas adquirían formas precisas y dimensiones exactas, nombres y tiempo definidos. Y después me enteré de que ese verano había sido inusualmente helado en la costa, una ironía, ¿no le parece?, y que todos se devolvían asombrados de que el tiempo estuviera tan malo, tan frío y daba la idea de que en cualquier instante se desatarían las lluvias y eso, claro, contribuyó también a que mi preocupación creciera y se multiplicara y siguiera aumentando cada día un poco más. Y por fin y sin siquiera avisarme, ellos regresaron de repente, pero no eran ellos, ¿sabe?, no eran ellos. Eran sólo las sombras de los que se habían marchado unos meses antes. Cuando yo miré sus rostros comprendí de inmediato que algo había sucedido, algo muy extraño, mucho más significativo incluso que el crimen misterioso que apareció en los titulares de los periódicos y que después Elvira, entre confidencias, me narró con lujo de detalles, sin omitir por supuesto que su propio hijo había tenido que ir a declarar. ¡Declarar en un caso tan

PRIMEROS JUEGOS

oscuro y bochornoso! Ay, Dios mío, pensaba, si usted hubiera podido estar allí para ayudarme esa tarde con tanta carga de sucesos, para guiarme en medio de la oscuridad y darme las fuerzas necesarias para sacar adelante todo aquello. Y yo hubiera necesitado su consejo para saber cómo acercarme otra vez a Daniel, porque desde su llegada del balneario no había comunicado nada, no me había revelado absolutamente nada ni siquiera había sugerido algo y yo lo extraña e incluso lo seguía aguardando en nuestro lugar habitual, debajo de los árboles del patio, pero él no llegó nunca más porque yo intuía que su corazón estaba cerrado para todos, no quería abrir su intimidad con nadie, no deseaba decirle nada a ninguna persona lo que estaba atormentando su alma. Y yo intuía que esas cosas eran terribles para él aunque para mí fueran naturales, porque yo lo conocía todo desde antes que se gestaran y bueno, usted ve, él se alejó de mí, de su madre, de su padre y de todos para refugiarse en los brazos de esa niñita. Ese verano fue tan significativo, ¿sabe?, y yo fui la primera en alejarme cuando vi el rumbo que empezaban a tomar los acontecimientos, cuando noté el absurdo tremendo que todos buscaban para sus vidas, dejando que el tiempo transcurriera más y más sin enfrentar las verdades que se olían en el aire. Me aparté de Daniel justo cuando él llegó con la idea de casarse con Marcela, esa niñita que parecía no hacer otra cosa más que estar esperándolo, solamente para hacerlo infeliz, pero por favor, no vaya a pensar que le tengo fastidio a esa niña, no, no, nada de eso. Lo que ocurre es que él no la quiere ni la va a querer jamás. No la puede querer, aunque se engañe empeñado en creer lo contrario. A pesar de sus esfuerzos por serle fiel y tratar de mimarla y agradarla en todos sus caprichos. No se extrañe usted de que yo le esté diciendo esto con tanta seguridad, pero es que cuando una conoce el alma de un niño como él, se da perfecta cuenta de qué es lo que está pasando en el interior de ese corazón y trata por todos los medios de hacer que las cosas marchen por el buen camino, pero ya ve usted que generalmente nada de nuestras buenas intenciones se cumplen y una queda desolada y sin ánimos para intentar una obra de sentido común, una se siente tonta y utilizada por el destino que parece ensañarse con todos nosotros. Y ya va siendo hora de que todo esto alguien se anime a decírselo a Daniel, así, sin tapujos, porque a mí me cuesta ser lo suficientemente objetiva, pero no puedo permitir que por culpa de una niñita, sin capacidad para comprenderlo, él se pierda y se deje arrastrar por el tiempo y la abulia. Sí, ya sé, usted creerá que me he vuelto loca, paranoica, pero por favor trate de entenderme. Yo lo vi, yo estuve presente en todo momento durante la súbita transformación experimentada por Daniel, yo supe de sus dudas, de sus desvaríos, supe también de sus miedos antes de su matrimonio e incluso después de él. Y créame, yo estuve con él cuando la fiebre lo consumía y el único nombre que mencionaba era el de un tal Gustavo. Jamás la mencionó a ella, ni siquiera una vez, ni tampoco a sus padres, sólo a Gustavo una y otra vez durante esos días en que todos temían por su salud, cuando la fiebre no bajaba, cuando hasta rezábamos con la Elvira escondidas en la cocina. Yo supe de esos gritos, de esa angustia tremenda cuando él se aferraba a su almohada

PRIMEROS JUEGOS

tratando de evitar que sus gritos se escucharan más allá de su habitación. Todas esas palabras se han quedado atrapadas aquí, en mi pecho, adheridas a mi piel y con el tiempo se fueron convirtiendo en verdaderas llagas para mí. ¡Cómo quisiera poder entender todo esto! En la noche me quedo pensando en mi pieza (ahora estoy viviendo en una pensión chiquita, muy acogedora, bastante económica) y a oscuras rezo, trato de que Dios me escuche y pueda iluminarme, trato de que mis buenos deseos vayan directamente donde está él y así suelo desvelarme, escuchando la gota que cae monótonamente todas las noches en el baño y oigo el paso invariable de los trenes en la madrugada y siempre llego a la conclusión de que Gustavo debería estar con él, para que pudiera concluir lo que de seguro un día ya lejano empezó, transformando para siempre a Daniel. Porque de seguro él es la clave de todo esto y de este absurdo que nos rodea por doquier. En las noches dejo que las horas vayan transcurriendo y ordeno y desordeno los avatares de esta vida tan frágil y veo el rostro de Daniel, entre mis brazos, cuando era un niño, inquieto, pequeño y delicado, y me siento tan vieja, tan cansada e incapaz de darle alguna respuesta o una tranquilidad a ese niño extraviado y tan solitario. Él me contó alguna vez que lo perseguían temores por las noches, que creía que iban a llegar de repente a llevárselo y yo tenía que ir con él, a acompañarlo hasta que se quedara dormido, ¿sabe? Ahora quisiera estar con él y cuidarlo de la misma manera en que lo hacía antes, desearía tanto que él me abriera su corazón y recuperara la confianza que me tuvo y me confidenciara aquello que lo amarga en lo más íntimo de su existencia pero no se puede, ya no es posible, algo se cortó entre nosotros de manera inevitable. Durante las noches me levanto a veces, a oscuras, en silencio y abriendo la ventana, me pongo a mirar las estrellas o a ver cómo se desenvuelve la vida nocturna más allá de esta pensión y no puedo evitar ponerme a llorar, se lo juro, lloro como una niña y no sé qué me pasa, quisiera, no sé, que tratara de ayudarme, que usted me diera una palabra de aliento. ¿Me estaré volviendo loca? Tengo tanto miedo, las noches se me hacen tan largas e insoportables... Me siento tan confundida, tan desolada, no sé qué puedo hacer, se lo aseguro. Yo creo que usted podría aconsejarme, usted podría decirme por lo menos qué es lo que debo hacer para liberarme de esta cuota de culpa que cargo sin saber por qué. Cada noche me parece que estoy más vieja y fea, acercándome a pasos agigantados a la muerte. Y me aterra pensar que sea esta soledad y agonía la que pueda alguna vez sufrir Daniel, cuando por las noches trata de conciliar sus sueños o cuando por las tardes se sienta a esperar que alguien llegue y ese alguien que él espera no llegará, porque cada tarde creo, debe estirar los brazos para tratar de capturar un milagro y ese milagro que busca tiene un nombre bien preciso, pero no llega, y debe sentir la misma confusión que yo experimento cuando quiero recuperar el tiempo que ha pasado de manera inexorable. ¡Ay, Daniel! No sabes tú cuánto te comprendo, cuánto te recuerdo y necesito. Me imagino la decepción que debes experimentar durante las noches cuando piensas y deseas a una persona y la única que está a tu lado es Marcela, la que entra en ese

PRIMEROS JUEGOS

mundo y estorba, la que intenta penetrar en tu piel y en tus secretos pero sólo logra incomodarte. Parece cruel, ¿verdad?, pero yo estoy segura, convencida de que ella estorba, porque en el fondo lo que siente Daniel es lo que siento yo, lo que he sufrido yo desde hace tanto tiempo. Una suerte de angustia que empieza callada e hipócrita y luego se va alojando en el corazón, en la piel, en las vísceras, en todos los rincones de nuestro organismo y es una sensación tan tremenda que dan ganas de gritar, salir corriendo y gritar con desesperación. Él está abandonado a su suerte. Ella lo dejó para dedicarse por completo a su hijo que ahora la trastorna, que se le está escurriendo por entre los dedos tal como se le fue el padre porque ella no sabe quién es verdaderamente ese hijo ni ese padre y también lo abandonó la otra persona porque cuando mostró a Daniel un mundo no lo supo guiar, no lo siguió acompañando, porque yo creo que debió tenderle la otra mano para que caminaran y descubrieran ambos los senderos necesarios de recorrer... Sí, Daniel, te comprendo en tu soledad y en tu desaliento, porque yo también la he experimentado, porque sé el significado de aguardar a alguien sin que nadie llegue, sabiendo que él no regresará, aunque claro, está la esperanza que uno no pierde jamás, ¿no es cierto?, en fin, yo le repito, sólo he querido hablarle a usted de esta historia para tener a alguien que me pueda escuchar, que me pueda oír porque estoy tan confundida y desesperada, porque de verdad que antes no había captado la importancia de todo esto y me encuentro incapacitada para poder intervenir, ni siquiera para poder escuchar como sí lo hace usted ahora, sin decir nada, sin arrugar el ceño o consultar la hora de vez en cuando para ver si ya es la hora de marcharse sin siquiera dejarme tiempo para agradecerle... Lo único que necesito es esto, este desahogo, este poder mirar en un espejo para decirlo todo de frente, desde el principio, sin que nadie más que usted y yo, o en el fondo únicamente yo, nos enteremos de estos secretos, de estos juegos, de estos terribles primeros juegos que estoy segura no han finalizado...

PRIMEROS JUEGOS

2

- ¿Cómo lo conoció usted?
- Nos vimos por primera vez en una fiesta, para el Año Nuevo, en su casa. Creo que estaba acompañada de una de mis primas que acostumbraba a pasar una temporada con nosotros, además de mi abuela y una tía que ya murió.
- ¿Por qué estaban en la casa de él?
- En esos días solíamos reunirnos todos los vecinos en alguna casa. Íbamos sorteando, ¿se da cuenta? A veces nos correspondía a nosotros, otras veces a los de al lado y así cada año era diferente. Era una costumbre muy antigua en el vecindario. En esa oportunidad nos correspondía pasar el Año Nuevo en su casa, por eso estábamos allí.
- ¿Le llamó la atención?
- ¿Él?
- Sí, quiero decir, ¿era un muchacho atractivo?
- No lo recuerdo bien. Yo andaba muy avergonzada porque dos o tres días antes la abuela nos había sorprendido conversando solos y a oscuras en el corredor que separaba nuestras casas y me había reprendido. Ella era muy estricta, usted entiende, chapada a la antigua y todo eso. Además a mi abuela él no le gustaba mucho, lo encontraba como demasiado triste.
- ¿Cuándo hablaron por primera vez?
- Mucho antes de la fiesta mis primas solían hacerme bromas pesadas con él. A mí me gustaba un poco, lo reconozco, pero esa vez que hablamos sólo atiné a decir estupideces, cosas sin importancia, de los puros nervios y por eso creo que fue la noche de Año Nuevo cuando de verdad nos conocimos, porque conversamos, bailamos y hasta me acompañó a la casa con la abuela y todo. ¿Entiende?
- ¿Le dijo algo su abuela esa noche?
- Sólo comentó que el muchacho -así lo llamaba ella, nunca por su nombre- era simpático después de todo y no agregó ningún otro comentario.
- ¿Cuándo volvió a verlo?
- En realidad lo veía todos los días sin que él se percatara. Todas las tardes, a eso de las cinco, salía de su casa y llevaba una canasta con dulces que preparaba su mamá y su tía hasta la pastelería cuatro cuadras más arriba, un local grande y muy bonito que quedaba pasando la línea del tren. Yo solía verlo pasar, escondida detrás de las cortinas de mi casa, y con eso me bastaba.
- Entonces a usted sí le gustaba...
- No, es que por esos días éramos casi niños. Ahora habría sido todo diferente.
- ¿Cuándo se encontraron de nuevo?
- Una mañana muy fría, fue de verdad muy hermoso. Ya habíamos empezado las clases en el liceo y coincidimos en una salida, como a las once de la mañana. Estaba tan nublado y parecía que en cualquier momento se iba a desatar la

PRIMEROS JUEGOS

lluvia. El aire estaba tan húmedo y cuando hablábamos nos salía vapor de la boca y yo recuerdo que tenía las manos moradas del frío. Fue la primera vez que me di cuenta cabal de que era muy pálido y tenía facciones muy delicadas. Mis primas lo encontraban bonito pero algo anticuado, porque era como callado. Yo lo adoraba, era tan tierno, tan frágil y a una mujer le encanta ese tipo de niño.

- Supongo. ¿De qué hablaron?

- Yo no llevaba paraguas y ni siquiera un abrigo grueso, no sé por qué. Él se acercó y me prestó su bufanda para que me abrigara el cuello siquiera. Me preguntó si quería que me acompañara hasta mi casa y caminamos muy juntos, compartiendo el paraguas. Nos vinimos hablando de cualquier detalle, muy lentamente por las calles, era una mañana fría pero hermosa y en vez de irnos directo para la casa nos fuimos a conversar a un parque precioso que quedaba justo frente a un cine. No me acuerdo muy bien de qué seguimos hablando porque yo estaba realmente muy nerviosa de que alguien nos fuera a ver o que supiera la abuela. Lo único que tengo grabado es un gran letrero que daba hacia donde yo estaba mirando y en el cual aparecía el rostro pintado e inmenso de una actriz que sonreía. Tuvimos que irnos rápidamente cuando empezó a llover con más fuerza.

- ¿Qué sintió usted esa mañana de lluvia?

- Por primera vez me di cuenta que era encantador y me dieron ganas de seguir estando junto a él, pero no se lo dije a ninguna de mis primas ni a la Nana, que entonces era mi mejor amiga. Lo quise guardar como mi secreto...

- ¿Pensaba que llegaría a quererlo?

- A decir verdad no lo pensé. Ni siquiera lo pensé después.

- Hábleme de su madre.

- ¿Mi mamá? Nunca la conocí. Ella murió cuando yo nací. La abuela dice que comía muy mal, que estaba muy débil y después de mi nacimiento la tuberculosis se la llevó a la tumba. Siempre que mi abuela se enoja conmigo me saca en cara que yo maté a su hija regalona, porque ella empezó a enfermarse del pulmón justo cuando supo que estaba embarazada de mí y quedó muy débil después del parto y como éramos muy pobres y mi papá se había ido de la casa antes de que yo naciera no habían medios para cuidarla como correspondía. La abuela se llevó toda la responsabilidad de cuidarme, hasta que falleció.

- ¿Y la madre de él?

- ¿La señora Elvira? Era una mujer muy hermosa pero amargada, se arruinó prematuramente. Era muy trabajadora, muy preocupada de los suyos y se lo pasaba todo el día haciendo dulces, preparando tortas exquisitas y pasteles para entregarlos en la pastelería o por encargos en las casas. Era muy callada y observadora, a mí siempre me ponía muy nerviosa. Influía mucho en su hijo, quizás demasiado aunque de manera imperceptible. A decir verdad yo la encontraba muy extraña y nunca pudimos llevarnos bien. Incluso cuando nació Danilo, ella se negó a venir a verlo. Nunca se lo voy a perdonar, al fin y al cabo

PRIMEROS JUEGOS

era su único nieto y un niño nunca tiene ninguna culpa de los problemas de los adultos, ¿no cree?

- ¿Por qué piensa usted que era tan extraña?

- A veces creo que era porque estaba profundamente amargada. Provenía de una familia que se había arruinado de la noche a la mañana y al parecer toda la responsabilidad mayor la tuvo que asumir ella sola. Eso nunca me ha quedado muy claro después de nuestra ruptura. Además yo lo digo por signos especiales que ella adoptaba, como estando siempre a la defensiva.

- ¿Y lo de ustedes? ¿Cómo fue que empezó realmente?

(Ha comenzado a llover. En el techo se escuchan las gotas que caen una tras otra, produciendo un sonido agradable y al mismo tiempo monótono. Frente a un gran espejo ella se arregla el cabello de manera nerviosa. Le hace falta maquillaje, tal vez un poco de pintura en los ojos. Sonríe con amargura).

- ¿Se refiere usted a nuestra relación?

- Exacto.

- Comenzó un poco después de que él regresara de la playa con su familia. Fue después de un verano tan extraño... inusualmente helado. En ese tiempo salíamos, íbamos al cine, a veces él almorzaba con nosotros o yo lo hacía en su casa. Pero siempre me quedaba la sensación de que todo aquello lo hacíamos de manera mecánica, como para darle el gusto a los demás, ¿cómo puedo explicarle?, porque todos nos hacían bromas y nos molestaban, porque nos habíamos acostumbrado a salir juntos y todo eso, pero cuando él se despidió de mí ese verano para irse a la playa con los suyos yo tuve una corazonada muy especial de que algo demasiado importante iba a suceder, para bien o para mal. Y durante todos esos meses en que él permaneció lejos yo estuve muy nerviosa, malhumorada, dando vueltas por la casa y peleando con la abuela por cualquier cosa. Cuando regresaron él venía totalmente cambiado, más pálido, más distante...

- ¿Distante?

- Cómo le digo, como más tenso, hipersensible, callado, no me acuerdo bien de la expresión más adecuada...

- Taciturno...

- Eso. Empezó a frecuentarme otra vez, pero yo sentí desde el principio que algo había cambiado entre nosotros, que algo andaba muy mal, porque él se estaba aferrando a mí de una manera increíble, como si yo fuera una tabla de salvación, como si buscara una ayuda para algo que no alcanzaba a comprender del todo. ¿Usted ha tenido alguna vez ese tipo de sueños que lo dejan angustiado durante días como si las imágenes que nos atormentan fueran a aparecer en cualquier instante? Esa fue la impresión que me dio al verlo regresar tan pálido, tan ojeroso y extraño. Ese período fue hermoso porque nos veíamos a cada instante, cierto, pero al mismo tiempo angustiante porque existía una constante tensión en el ambiente. Yo disfrutaba con su presencia,

PRIMEROS JUEGOS

aunque cuando él se iba me daba cuenta de que en verdad no habíamos hablado casi nada y que él se iba tornando más huraño y reconcentrado. Me dejaba la amarga sensación de no haber estado en realidad con él sino con su sombra, con lo que quedaba de él desde su regreso...

- ¿Por qué está tan segura de que todos esos cambios se debieron a su permanencia en la playa? ¿No sería acaso por otras razones?

- No me cabe la menor duda. Al menos yo lo intuía así. Antes de que se fuera a la playa él actuaba impulsivamente, se mostraba más alegre y más espontáneo. Cuando volvió casi no hablaba, midiendo milímetro a milímetro cada una de sus palabras, calculando cada uno de sus movimientos como para no resbalar y caerse, daba la sensación de que deseaba a toda costa evitar que algo o alguien lo dañaran nuevamente. Yo estaba desesperada. Todo esto coincidió con el hecho de que tanto su mamá como su papá me dejaron de hablar como antes, apenas un saludo de cortesía y nada más, una palabra dicha como al azar... ¡fue terrible! No sabía qué había sucedido entre ellos y menos qué había pasado con nosotros.

- ¿Cómo fue entonces que surgió lo del matrimonio?

(Se queda mirando largamente su figura en el espejo. El maquillaje le quedó demasiado recargado y ahora comienza a notarlo. Se cepilla el cabello y mientras lo hace se da vuelta para contestar. Está afectada por un detalle imperceptible).

- Era natural, ¿no? Después de todo nos queríamos, digo, éramos pareja, él me quería lo suficiente...

(Está mintiendo. Está mintiendo y lo sabe).

- ¿Cuándo le pidió que se casara con él?

- Cada vez que nos veíamos yo intuía que él deseaba decirme algo muy importante, pero no se atrevía a hacerlo. Eso empezó a afectarlo. Una tarde, en un banco frente al río, me dijo de golpe si yo quería casarme con él. Lo único que recuerdo es que me puse a llorar.

- ¿Por qué?

- Porque me sentí de pronto tan distinta, caí en la cuenta de que al dar el siguiente paso nuestra inocencia, nuestra juventud se estaba escapando de nuestras manos para siempre. No sé, no sé en realidad por qué lloraba aquella tarde lejana.

- ¿Dónde se casaron?

- En una capilla chiquita, frente al río. El día estaba nublado, hacía frío.

- ¿Fueron muchas personas?

- No, pocas. El día estaba feo, debe haber sido eso. Sólo algunos conocidos, un par de familiares lejanos y fotógrafos. Nunca supe por qué hubo tantos fotógrafos.

PRIMEROS JUEGOS

- ¿Estaba la familia de él?
- Por supuesto que sí. La única que no pudo asistir fue la tía. Aunque siempre he creído que ella no quiso ir porque se oponía a que nos casáramos.
- ¿Qué razones tendría para oponerse?
- Porque yo creo que lo que ocurrió en la playa sólo lo supo ella y eso estaba relacionado de alguna manera conmigo. En fin, no me haga caso, son sólo conjeturas, nada más.
- ¿Habló usted con ella después del casamiento?
- Después de la boda nunca. Ella iba a la casa cuando yo no estaba, cuando estaba a punto de salir. Siempre fue igual. Después del nacimiento de Danilo dejó de visitarnos y no supe más de ella. Era muy extraña también, una persona muy especial.
- Pero la noche de su casamiento debió ser hermosa...
- Sí, fue inolvidable.

(Durante todo este tiempo ha estado cepillándose el cabello sin cuidar si lo hace bien o no. Algo la perturba. Afuera, la lluvia sigue cayendo pero más fina, más suave).

- ¿Habló con él alguna vez sobre lo que sucedió en el balneario después de que se casaron?
- No, nunca dijo nada. No hacía falta.
- ¿Qué quiere decir con eso?
- Olvídelo. Fue por decir algo. No tiene la menor importancia.
- Ya veo. En su matrimonio, ¿ha sido feliz?

(Sigue lloviendo afuera, se diría que más copiosamente).

- Sí.
- No parece muy convencida. Disculpe, pero ésa es la impresión que me ha causado su respuesta.

(En efecto, ella no parece estar convencida. Se levanta de repente y cruza la habitación, frotándose las manos con suavidad. Se detiene delante de un ventanal y lo abre, un instante, y el viento húmedo le agita los cabellos. Lo cierra bruscamente y se da vuelta, de pronto, sorprendida de darse cuenta recién de la verdad).

- ¿Me creería usted si le digo que jamás he estado convencida de que lo amo? Desde que él regresó de la playa empezaron a cambiar las cosas. Yo hacía esfuerzos por tratar de ignorar esos cambios pero al parecer su permanencia en ese balneario se vio afectada por hechos, situaciones que yo desconozco hasta ahora. Esos sucesos debieron afectar a él y a su familia. Incluso mi abuela no fue nunca más a verlos a su casa porque decía que estaban fatalizados. Siempre

PRIMEROS JUEGOS

tuve la impresión de que pasó algo muy grave en aquel lugar. A ratos yo creía que él me lo contaría todo pero nunca se atrevió a decírmelo y por lo mismo yo me imaginaba cosas, soñaba, inventaba. Pero incluso cuando nos casamos esa sensación de incertidumbre no amainó, al contrario...

- ¿Pero él nunca siquiera le insinuó algo?

- Nada. Eso fue lo más terrible.

- ¿Y ahora? ¿Desconfía todavía?

- ¿Ahora? ¿De qué serviría que yo desconfiara ahora si ha pasado tanto tiempo y estamos más viejos y cansados? No, antes desconfiaba hasta de mi sombra, en cambio ahora ya no vale la pena.

(Sonríe, triste).

- Pero, ¿ni siquiera tienen amigos en común?

- Teníamos algunos, pero lentamente se fueron alejando. Creo que él los fue ahuyentando de a poco con su manera de comportarse tan hermética y solitaria. En realidad nos tornamos unos ermitaños y con el tiempo nos quedamos sólo él y yo.

- Y Danilo...

- Y Danilo, por supuesto.

- ¿Está arrepentida?

(El viento sigue soplando, las ventanas parecen a punto de abrirse de par en par).

- En cierta medida lo estoy. Nunca estaré segura del todo.

- Pero, ¿nadie se acercó a ustedes después? ¿Tal vez la tía?

- Ya le dije que no, nadie. A mí al menos no. Quizás a Daniel sí, aunque lo dudo.

- ¿Cuál es su impresión acerca de lo que pudo ocurrir en el balneario ahora que ha pasado tanto tiempo?

- Allí hubo algo inexplicable. Una experiencia demasiado importante para marcar a todos de ese modo o tal vez no y sólo fue un pretexto para liberar todas las tensiones acumuladas durante años, vaya una a saber. Además no hay que olvidar que hubo un crimen espantoso en el que de alguna manera indirecta él estuvo comprometido. Recuerdo haber leído en los periódicos el detalle de los sucesos, pero todo era tan confuso y contradictorio. Fue un caso bastante oscuro y triste para él y para su familia, aunque de verdad creo que la razón fue otra, quiero decir, que debió haber algo más para que se produjese ese cambio tan radical.

- ¿Por qué?

- Por simple intuición femenina.

(Ahora fuma).

PRIMEROS JUEGOS

- ¿La mamá, el papá, nunca vinieron?
- Nunca quisieron venir, ni cuando Danilo era un bebé. No sé qué pensar, pero jamás perdonaré ese desaire. Todo fue tan exagerado, tan extraño...
- ¿Hay algo más que usted no haya mencionado?
- ...
- ¿Alguna situación especial que se escape entre los recuerdos?
- Siempre hay detalles que se escapan cuando una trata de recordar creo, es lo habitual.
- ¿Entonces?
- Mire, hay un hecho, algo que me remuerde la conciencia hasta ahora, aunque ya es muy tarde para poder remediarlo.
- ¿Qué es?
- Me da mucha vergüenza confesarlo porque... porque es una maldad que yo cometí concientemente, lo sé, y cuando pienso en todo aquello me aterra siquiera imaginar en cómo habría sido todo de no haber hecho lo que hice.
- ¿Pero qué fue?
- ...
- No se preocupe, cualquiera cosa que usted haya hecho ya no podrá ocasionar mayor daño del que pudiera hacerlo en ese momento. Es preferible decirlo todo, al menos alivia usted la conciencia.
- Desde que nos casamos él ha sufrido de continuas pesadillas. A veces ni siquiera puede dormir y se levanta sigilosamente, tratando de no hacer demasiado ruido, creyéndome dormida. Yo dejo pasar un momento y lo sigo, ¿sabe? Tiene la manía de subir a una pequeña terraza que existe en nuestra casa, donde tendemos la ropa y guardamos cajas con libros y revistas viejas, y allí se queda como hipnotizado durante horas. Sólo una vez me descubrió y cuando le pregunté qué estaba haciendo me respondió que no me preocupara, que no era nada, que sólo estaba mirando el río a lo lejos, imaginándose que era el mar y no agregó una sola palabra.
- ¿El mar?
- Sí, el mar.
- ¿Usted supone que se refería al mar de aquel balneario?
- Eso creo. Tal vez sea la clave para poder responder todas mis dudas.
- Pero usted dijo que había algo que la avergonzaba.
- Sí. En ese tiempo llegaron tres cartas. Al poco tiempo de casados, antes de nacer Danilo y como un año después del matrimonio. Nunca se las entregué ni le mencioné siquiera que habían llegado. Evidentemente él no las esperaba porque jamás preguntó por ellas.
- ¿Y qué hizo usted con esas cartas?
- Por favor, no vaya a creer que las leí o las rompí. Solamente no se las entregué y las escondí de tal manera que nunca pudiera encontrarlas.
- Pero, ¿por qué razón hizo aquello?

PRIMEROS JUEGOS

- ¿Por qué lo hice? ¡Por miedo! Porque tenía mucho miedo. Se lo juro. Un terror inexplicable de que en aquellas cartas estuvieran ocultas las respuestas que yo tanto anhelaba, pero que sin embargo me negaban al mismo tiempo la posibilidad de proseguir en la duda. ¿Cómo le puedo siquiera explicar? Es como cuando uno goza haciendo que el dolor sea más intenso, pero al mismo tiempo desea que ese dolor desaparezca.

- ¿Quién mandaba esas cartas?

- Nunca lo supe. No traían remitente, aunque todas venían escritas con la misma letra...

- ¿Y durante todos estos años nunca sintió la necesidad de leerlas, la tentación de abrir una de esas cartas?

- Por supuesto, no puedo negarlo. Pero siempre fue más fuerte el miedo, ese miedo que me paralizaba cuando aparecía el cartero trayendo la correspondencia. El miedo y la angustia de no poder enterarme de verdades que necesitaba tanto o que estaba temiendo confirmar.

- ¿Y qué va a hacer ahora?

- Nada, seguir callando, no me queda ninguna otra alternativa.

- Usted dijo que temía confirmar sus sospechas. ¿Sospechas de qué?

- Prefiero ignorar ese asunto, ¿sabe? Yo creo que a estas alturas ni siquiera es pertinente mencionar una serie de inquietudes que alguna vez me asaltaron, sobre todo durante las continuas pesadillas de Daniel.

- Por ejemplo...

- Por ejemplo que nunca me ha llamado cuando ha tenido pesadillas o cuando la fiebre lo consume. Parece no necesitarme para nada, excepto para que atienda a Danilo, que rehuye mis caricias o prefiere estar solo a estar conmigo. Es... tan humillante.

- Tal vez aquellas cartas fueron enviadas para darle la calma que tanto anhelaban.

- O la desesperanza, vaya una a saber.

(Trata de sonreír nerviosamente, pero sólo hace una mueca dolorosa. Tal vez sea mejor concluir todo en este punto. Como ocurre con las pesadillas, queda siempre la esperanza de despertar).

- Si usted pudiera cambiarlo todo, ¿qué haría?

- ¿Si pudiera vivir todo de nuevo, a eso se refiere?

- Sí, a eso.

- No lo sé, nunca lo había pensado.

- Intente imaginarse. ¿Se casaría de nuevo con él?

(Ríe. ¿Ríe?)

- No vaya a pensar mal, pero no lo haría.

- Imaginaba una respuesta así.

PRIMEROS JUEGOS

- No lo haría, de veras. Pero no porque haya sido infeliz en todo este tiempo o por todas las dudas que me asaltan durante las noches en que casi no logro dormir. Simplemente porque pienso que fue un daño haberme quedado con él, haberme casado. ¿Cómo se lo explico? Él pertenece como a otro mundo, con problemas y con sentimientos que son ajenos, muy ajenos a los míos.

- ¿Y su hijo?

- Preferiría que él no entrara en este juego.

- Comprendo. ¿Se acuerda usted de haber sido alguna vez completamente feliz con él?

(Las sombras han empezado a inundar la habitación, pero ella no se ha percatado de esto, parece estar sufriendo por algo lejano y muy oculto).

- ¿Feliz? ¿Pero qué es la felicidad sino un espejismo creado por nosotros mismos para ocultar nuestras debilidades y fracasos? Sonará a egoísmo, pero nunca me he sentido dichosa, ni siquiera cuando nació Danilo. Es como si hubiéramos caído en una melancolía sin tregua.

- ¿Melancolía? ¿Por qué?

- No podría precisar por qué.

. ¿Ni siquiera tiene una idea vaga?

(Duda, baja la mirada, busca en el pasado).

- No, no la tengo. Lo siento.

(Miente, miente otra vez. ¿Por qué lo hace?)

- Volvamos al comienzo. Hábleme de él, de cómo lo conoció.

- Fue simpático. Nos vimos por primera vez en el colegio. Creo que esto ya se lo dije, ¿no? No sé para qué haya que repetirlo.

- Porque podrían surgir contradicciones.

- ¿Usted cree?

- Decía que fue en el colegio...

- Sí, pero esa vez no nos hablamos. Yo andaba con mi prima Raquel. Creo que el colegio estaba de fiesta, de aniversario o algo similar y hubo una fiesta. Durante la fiesta Raquel deseaba bailar con él, pero yo me antepuse y salimos los dos a la pista. Raquel estaba furiosa. Así empezó todo.

- ¿Qué bailaron?

- Ya casi no lo recuerdo, debe haber sido un tema lento, algo romántico. ¿Es eso importante?

- Un detalle, nada más. ¿Bailaba bien?

- No lo recuerdo tampoco. Fue hace tanto tiempo...

- Pero de seguro a usted le gustó estar con él esa noche.

PRIMEROS JUEGOS

- Un poco, no mucho. No era especialmente atractivo. Quiero decir, que era un niño muy especial, demasiado callado, algo tímido, muy pálido, con los rasgos tan finos que daba la sensación de estar como enfermo.
- ¿Pensó aquella noche en que llegaría a quererlo?

(Sus ojos tratan de iluminarse sin conseguirlo)

- Por supuesto, siempre lo supe.
- ¿Qué hablaron esa noche?
- De todo, me preguntó si estaba sola, si había ido con alguien, si estaba comprometida, lo típico de entonces.
- ¿Conocía usted a la familia de él?
- Sí, pasábamos las fiestas de fin de año todos juntos. Era una tradición en el barrio en esa época. Además mi abuela era amiga de la señora Elvira, su mamá.
- ¿Quedaron de volver a verse?
- No, aunque yo sabía que lo volvería a ver de cualquier modo. Además si me lo proponía sería fácil, el barrio era pequeño, todos nos conocíamos e inevitablemente tendría que encontrarme en el liceo donde estudiábamos.
- ¿Le agradaba la idea de volver a verlo?
- Claro que sí. Aunque ya ha pasado tanto tiempo desde ese día.
- ¿Salieron mucho?
- Bastante. Al principio salíamos a escondidas de mi abuela, pero después él le pidió permiso y solíamos ir los fines de semana al cine, al campo, a ver a mis primas o a algunos amigos. Él soñaba con conocer el mar, siempre me decía eso.
- ¿Lo conocieron juntos?
- No. Durante el verano en que su papá se consiguió un buen trabajo, viajaron a uno de los balnearios más selectos del litoral, muy lejos, y por fin pudo conocer el mar.
- ¿Cuándo se casaron?
- Poco antes de que naciera Danilo. Él me pidió que lo hiciéramos.
- ¿Estaban muy enamorados?
- Parece evidente, ¿no?

(Ella enciende la luz. La lluvia parece haber amainado. Sus ojos están como perdidos en la luz de la ampolleta)

- ¿Él era muy diferente entonces a como es ahora?
- ¿Diferente? Creo que ahora está más maduro.
- ¿Le contó acerca de su estada en la playa ese verano?
- ¿Por qué insiste usted en ese punto? ¿Para qué?
- ¿Lo hizo alguna vez?
- Éramos felices, estaba contento con la idea del nacimiento de Danilo...
- ¿Mencionó alguna vez qué pasó en el balneario?

PRIMEROS JUEGOS

- Teníamos elegido desde antes el nombre.
- ¿Por qué teme hablar de lo que pasó en la playa?
- Daniel es un nombre hermoso, pero él quiso que se llamara Danilo. Yo no me opuse porque también era un nombre que me gustaba.
- ¿Son felices en su matrimonio?
- Lo somos.
- ¿De veras?
- De veras.
- Pero usted se contradice.
- La memoria juega malas pasadas, a veces los hechos van confundándose. ¿Dónde íbamos?
- En lo que ocurrió en la playa ese verano. ¿Qué supo usted de eso?
- Mataron a un hombre. Él tuvo que declarar.
- Aparte de eso...
- ...
- ¿Nunca mencionó nada más?
- ...
- ¿Prefiere usted cambiar de tema? Está bien. Hábleme de su hijo, de Danilo, de cómo ha crecido, ¿no se ha enfermado? Es una suerte porque la mayoría de los niños suelen enfermarse a esta edad y eso es tan molesto. ¿Cuántos años cumplió ya? ¿Doce, trece?
- Tengo miedo...
- Los niños suelen ser enfermizos a esta edad si no se les atiende.
- A veces miento para poder mantenerme...
- Está en la misma edad que tenía Daniel al irse a la playa. No, estoy equivocado. Él tenía diecisiete, ¿verdad?
- Tengo tanto miedo, tanto miedo, miedo de algo desconocido...
- Quizás tenga las mismas aventuras que su padre, los mismos juegos, vaya uno a saber, ¿no es cierto?
- Sé que lo pierdo...
- Lo peor es que a esta edad los niños ya no dependen de los padres, se alejan y a veces no se sabe qué andan inventando por ahí. Pero todos hemos sido niños alguna vez y es preciso dejar que vivan como Dios manda, ¿o no?
- Sé que lo estoy perdiendo día tras día y eso me angustia, me aterra. ¿Qué haría yo sin él?
- Seguramente crecerá sano y fuerte. El pequeño Danilo tiene la salud del papá, nada lo podrá derribar. Y hay que reconocer que se parecen como dos gotas de agua. Los mismos rasgos finos, los mismos ojos...
- A veces tiene pesadillas terribles, casi se ahoga y cuando se despierta está bañado en sudor y con una cara de angustia que da miedo, créame...
- Los niños son tan extraños, en realidad pertenecen a otro mundo, con leyes propias y juegos desconocidos para el resto.
- Y cada vez que tiene una de esas malditas pesadillas grita un nombre de alguien que no conozco, que no logro ubicar en mi memoria, Gustavo, que yo

PRIMEROS JUEGOS

no sé quién es ni me atrevo tampoco a indagar por qué lo llama una y otra vez, sin cansarse...

- Danilo se parece tanto a su padre...

- ¡Gustavo! ¡Gustavo! Grita una y otra vez ese nombre y a veces he llegado a sentir hasta celos de él, por favor no se ría usted, pero he sentido celos y miedo y angustia... no sé de qué...

- ...

- Lo pierdo...

- ...

- Lo estoy perdiendo día tras día, de manera inevitable...

- ...

- ¿Por qué llama solo a Gustavo y no me llama a mí?

- ...

- Siempre a Gustavo, a Gustavo, a Gustavo, ¡al maldito Gustavo!

- ...

- Nunca a mí, nunca me llama a mí, jamás lo ha hecho...

- ...

- Sólo a Gustavo, siempre a Gustavo, únicamente a él...

- ...

- Sin cansarse, sólo a él... nunca a mí...

- ...

Cada vez que hace calor me sucede exactamente lo mismo. Trato de ordenar todas estas piezas en mi mente, pero siempre tengo la sensación de que algunas van quedando atrás, escondidas sin darme cuenta, porque faltan y el juego entonces se va desdibujando y no puedo controlarlo. En vano busco justificaciones, restituyo alguna oculta combinación a la máquina de mis recuerdos y creo interpretaciones antojadizas, pero nada... no encuentro nada y siempre es lo mismo. Empiezo a recordar y el dolor se abre camino hasta clavarme su aguijón, algo así como un desgarró violento. Luego, se asoma la pereza, ese desgano tremendo y entonces el aire se enrarece y aparece el calor, un calor que quema y destruye y luego surge el sonido monótono de los tambores, uno, dos, tres, tantos tambores que van marcando compases inexplicables, en lenguajes herméticos y misteriosos. Y surgen también las piezas claves de este juego excitante. El automóvil que se desliza por la carretera raudo, pero silencioso, ¿de qué color era el auto?, y la carretera me resulta interminable o se me antoja así con este calor sofocante y este aire acondicionado y miro a la mamá que trata de dormir pero no puede hacerlo o no quiere permitirse que la costa del sueño aparezca ante sus ojos porque debe analizarlo todo, debe estar alerta porque ella sabe que no pertenece a ese mundo y de eso está conciente o quiere estarlo. ¿De qué color era el automóvil, mamita? Y el miedo que se suma a la naciente intranquilidad, miedo, un miedo que aumenta minuto a minuto, mientras vamos acercándonos a esa playa lejana envuelta en brumas, a esa casa tan blanca, tan grande y espaciosa, toda ventanales y pasillos, que está edificada encima de un peñón desafiando las olas y el viento, ¿se caerá al mar esa casa, mamá? Es la humedad la que origina esta bruma, me dice el papá, surgiendo desde el fondo del tiempo y yo me acurruco en el asiento del coche para tratar de descansar, pero no puedo porque estoy frente a los roqueríos donde está el cuerpo del Negro y el Negro yace muerto de cara al cielo, con su frente partida en dos y bañado en una sangre espesa y oscura y estás tú, mirándolo y mirándome con tu rostro impenetrable, intentando acaso descifrar los signos escritos en esa herida mortal que presenta el Negro, de cara al cielo con sus ojos abiertos, sorprendido en el instante aciago de la muerte repentina, pidiendo todavía explicaciones que ya no llegarán ni para él porque está muerto ni para mí que acaso también lo estoy y no me he percatado de aquello y le estoy preguntando a la tía Pocha si el cielo existe, tía, ¿verdad?, y ella sonrío, sólo sonrío y dejando a un lado su tejido me mira y con infinita dulzura me dice que sí, por supuesto cariño que el cielo existe, el cielo está al alcance de tu mano porque está reservado para la gente buena y piadosa y yo la miro y luego observo la cara de mamá mientras el automóvil continúa su ruta y yo sé que el cielo estará reservado para ella porque es una buena mujer, pero acaso no para el papá ni para nosotros, ¿verdad tía Pocha? Perdóneme tía, pero éstas son piezas claves dentro de mi

PRIMEROS JUEGOS

juego y usted no puede pedirme que lo detenga ahora porque es necesario llegar hasta el fin. ¿Tendrá cabida usted en el cielo, tía Pocha? Yo creo que sí, usted ha sido noble, solícita, bondadosa, en cambio nosotros no y la tía se vuelve a su tejido y yo la llamo pero ella parece no escucharme, no puede acudir hasta donde me encuentre, tía, tía, por favor, dígame si el cielo podrá acoger al Negro con su frente partida en dos y ahora el Negro me sonrío, de pie, desnudo en medio de la cabaña, mirándome, oscuro y silencioso y me llama y me dice que no debo tener miedo, venga, acérquese patroncito, y yo sé que esta vez puedo engendrar milagros para él aunque esta noche sea tan asfixiante y papá no quiere que abramos las ventanillas... ¿habrá llegado el Negro al cielo? Quizás él sí, porque su herida mortal será como un pasaporte, una carta de presentación y podrá entrar pero yo no, yo no, me quedaré afuera porque no tengo esa horrible herida en medio de la frente y sólo tengo aquella marca helada que me hicieron en la otra cabaña, pero ésa es una marca que huele a perfume, que no hacía daño para nada y ahora que trato de ser objetivo los recuerdos se van escondiendo, agazapando, deslizándose por caminos sinuosos, dejándome en medio de la oscuridad y el silencio, me hacen bromas pesadas desde el pasado porque no alcanzo a recordar como es debido todo lo que entonces sucedió, porque por más que trato de indagar en el pasado hay una muralla infranqueable que me lo impide y surgen otras caras, otras épocas y otros instantes que es preciso tratar de codificar para no confundirse porque entonces sería todo peor. Pero ahí están los tam-tam, esos infatigables tam-tam que vuelven a sonar y yo sigo pensando en dónde está escondida la verdad que tanto ansío y sigo tratando de buscar respuestas, pero surge el olvido y van quedando desparramados únicamente fragmentos incoherentes, sucesos aislados que bien podrían ser frutos de mi imaginación delirante, desafortada o acaso de la tuya, Marcela, que estás allí, mirándome con tus grandes ojos tristes y me dices que seré padre, que al fin podremos luchar por algo en común y por más que trato de saber cuál es la causa de la expresión de mamá en el automóvil no alcanzo a recordar absolutamente nada (¿de qué color era el auto, mamá?) y no puedo acercarme a ella porque está protegida por el malhumor de haber viajado tantos kilómetros en contra de su voluntad. Tam-tam, tam-tam, tam-tam. ¿Qué estás viendo, papá? ¿Qué te sucede? ¿Acaso estás observando como todo se escurre por entre los dedos? ¿Quizás no quieres enfrentar el hecho certero de que nos hemos quedado en la ruina y no tendremos ni siquiera el viajecito a Europa que le habías prometido a mamá tantas veces? Pero cuando busco, papá, ahí está la horrible herida en la frente del Negro, los gritos aterrados de la mamá confundidos con los de otras personas, tu mirada tan enigmática, intuyendo lo que habría de suceder o lo que ya ha ocurrido y veo tanta curiosidad y tanto desprecio en las miradas de todos ellos, de los que reducen a un miserable informe de rutina tu muerte súbita, Negro, y le dicen con sorna a mi padre que me cuide, que no me deje jugar tan tarde por la playa. En cambio estos otros muchachos que me acogen son diferentes porque ellos provienen de la noche y la noche siempre es generosa y ellos me hacen sentir en

PRIMEROS JUEGOS

confianza, me hacen saber que somos amigos, unidos por secretos maravillosos, poniéndome esa camisa blanca y me extienden sus manos cálidas y nos confundimos en saludos, bebiendo un líquido espeso que parece sangre en unos vasos azules, un líquido que quema las entrañas y es que yo no bebo, me hace mal, me siento mareado, pero no puedes despreciarnos estas atenciones Danny, porque todo esto se ha preparado especialmente para ti, sólo para ti Danny querido, pero es que está demasiado fuerte, mejor después, otro día, anda, vamos, sólo un trago y otro y otro por nosotros, que somos tus amigos en esta noche de tambores y susurros y tú eres nuestro invitado especial, el mejor de cuantos hemos tenido hasta ahora y el líquido empieza a taladrar mis intestinos en forma despiadada y ustedes se ríen, mostrándome un afecto exagerado, pero afecto al fin y al cabo, intercambiándose palabras secretas y la noche se empieza a cerrar sobre mí porque trato de mantenerme en pie, pero no puedo, ni siquiera puedo seguir recordando y ahora hace tanto frío y ya no están sonando los tambores y a veces cuando llueve y llueve y parece que la lluvia no va a detener jamás su caída, reaparecen las voces, los gritos, los olores de aquel entonces y viene mamá y me dice que debo portarme bien o de lo contrario se verá obligada a llamar al hombre del saco negro y que él me va a comer porque se come a los niños que no obedecen, pero yo sé que ese hombre del saco negro no existe, ya no se encuentra en este balneario porque no alcanza a traspasar esa cortina de bruma que lo envuelve todo y siento sobre mi pecho esta cadena finita que pertenece al Negro y tiene sus iniciales marcadas, pero no se alcanzan a distinguir y nunca voy a poder saber cuál era tu nombre, Negro, y apareces desde el pasado para revelarme el secreto y yo te suplico que por favor Negro no te vuelvas a morir porque te necesito, te necesito tanto y estiro mis manos para tocarte, pero sólo eres tú Marcela, que extiendes tus brazos y me gritas y me sacudes, me sacudes con violencia, pero yo no puedo respirar y trato de levantarme pero la fiebre me consume e inmoviliza en esta cama y por eso sales corriendo a buscar a los otros y los otros vienen y se acercan y me tocan la frente y estoy ardiendo y te acercas y me preguntas un no sé qué y yo te grito, te grito desesperado por verte Gustavo, grito tu nombre Gustavo, Gustavo, Gustavo querido y te suplico que por favor no me abandones, pero no, tú estás aquí conmigo, en esta pieza llena de velas y espejismos y ahora estoy ardiendo más y este calor nos envuelve a los dos y siento que nos quemamos, que ardemos en el calor asfixiante de la cabaña y oigo gritos, muchos gritos y aullidos que provienen de la cabaña y el médico me examina y le dice a mi mujer que ya ha pasado el peligro, que la fiebre ha sido controlada, que pronto estaré bien y podré levantarme con un poco de cuidado por supuesto y pronto todo estará como antes y se va y empieza a perderse y yo ya no lo veo más a él ni a la mamá ni a Marcela ni al papá, ni a la tía Pocha, excepto a ti Gustavo que ahora te acercas en puntillas y te sientas a mi lado y me pones tu mano helada en mi frente y tu mano huele a ese aroma tan delicioso y yo no sé por qué quisiera regresar a tu casa, caminar otra vez como lo hicimos esa noche tan oscura sintiendo otra vez tu mano acogedora

PRIMEROS JUEGOS

mientras buscábamos el sendero furtivo para llegar a la cabaña llena de velas y tambores y tú me observas, Gustavo, manteniendo tu mano y me acaricias y me dices al oído que me vas a iniciar en un juego excitante y peligroso y yo te miro y tus ojos son los más hermosos que he visto y te acercas y los demás son sólo figuras sin rostros, sólo sombras y la botella se estrella en la pared y el líquido salta por todos lados dibujando formas tan extrañas para luego caer al suelo y me siento transportado y Gustavo me da su mano y yo también se la doy y todos nos miran y empiezan a musitar algo que no alcanzo a entender y luego baten sus palmas, clap, clap, clap, clap, en forma rítmica y alzas tu mano y veo la hoja de un cuchillo finito, siento cómo rasguña profundamente mi brazo derecho, veo salir la sangre espesa y cómo tú marcas un signo y luego restañas la herida con tus labios que quedan rojos, teñidos con mi sangre que después me haces beber en un beso que me envuelve para siempre y Gustavo me hace caminar por la playa y después me rodea con sus brazos tan fuertes y los demás se esfuman, desaparecen, son sólo sombras chinescas y amanece y Gustavo me lleva a la playa, caminando desnudos, deslumbrados por la brisa matinal, a tropezones por el alcohol que hemos bebido y nos reímos y nos abrazamos sin sentir pudor en medio de esa playa inmensa y solitaria que ahora, en ese minuto prodigioso, es sólo nuestra y mientras las horas van sucediéndose, el día va cobrando fuerzas y aparece por fin el sol me sigues amando, penetrando en mi interior, dejándome lleno de ti y el día es tan bello que ya no recuerdo o sí recuerdo -quizás- pero no alcanzo a comprender o si comprendo no quiero hacerlo, tal vez, no sé bien, porque todo es tan confuso a veces, tan oscuro...

La tía Pocha, al darnos la bienvenida, se percató de inmediato que algo había ocurrido durante nuestra permanencia en la playa por los signos inequívocos que se habían adherido a nuestra piel cuando volvimos. Bastó que ella leyera esos signos para que comprendiera todo, o casi todo. Ahora sus bromas habituales quedaron de lado y sólo se limitó a saludarnos con una crispación que era evidente. Después de ayudar con algunos bolsos, tomó a mamá del brazo con suavidad y se perdió con ella en la cocina. Papá bajó el resto de las maletas en completo silencio, sin permitir que yo le ayudara y luego se puso un abrigo y salió a la calle, sin decirle nada a nadie. Esa noche no regresó.

Estuve ordenando mi dormitorio como si fuera un autómata y después, mucho más tarde, salí al jardín con la esperanza de que estuviera esperándome la tía Pocha en nuestro sitio habitual. Pero ella no estaba allí, ya no se encontraba en su asiento para que yo me acomodara junto a ella y depositara mi cabeza en su regazo cálido un instante. Sólo me recibió la noche, el silencio, el aire helado, el olor del jardín y las estrellas.

Empezó entonces a transcurrir el tiempo.

Papá se había conseguido un trabajo ocasional, que tampoco gustó a mamá pero que, por lo menos, era bien pagado y le permitía estar en casa temprano junto con ella. Mi madre siguió haciendo dulces y llenando los canastos puntualmente pero su grito que yo aguardaba con ansiedad, como espera el animal herido el disparo final, ya no llegó más, porque ella misma hacía un alto en sus quehaceres, se sacaba el delantal blanco, tomaba el canasto y salía a la calle de la cual retornaba media hora más tarde para seguir trabajando callada, envuelta en el vapor de la cocina y sin hablar con nadie, excepto con la tía Pocha.

Una tarde, casi al finalizar el invierno, la tía anunció que se iba de la casa porque había conseguido una buena pensión, que deseaba no causarnos más problemas, la casa es pequeña y yo estoy volviéndome un estorbo, nos dijo y yo supe que sus explicaciones eran falsas, que su partida obedecían a razones de mayor peso que ella no quiso compartir. Quizás en el doloroso proceso de ensimismamiento que se estaba produciendo en el interior de nuestro hogar ella intuyó que no podía estar más, a pesar de su lealtad y su reserva.

Mucho tiempo después volví a ver a Marcela, una tarde en que las últimas lluvias se dejaban caer con violencia sobre la ciudad. No nos dijimos porque nada teníamos que decirnos entonces, solamente caminamos por las calles oscuras y nos detuvimos a observar el río, sucio y profundo y cuando ella se acercó a mí buscándome, no pude dejar de estremecerme porque sus labios eran otros labios que me buscaban con ansiedad y sus caricias eran caricias impregnadas de otro olor y otros misterios, tam-tam, tam-tam, tam-tam y esa tarde, esa lejana y solitaria tarde en que hacíamos el amor rabiosamente en una pieza solitaria de un hotel pequeño y barato, trataba de ahogar el recuerdo de las velas encendidas y de esa piel con una suavidad diferente, con un olor y una atracción que era imposible

PRIMEROS JUEGOS

dejar de evocar y comparar porque sentía que en ese momento en que Marcela se entregaba a mí yo estaba ausente, lejano, no estaba con ella sino con Gustavo, con sus brazos rodeándome con fuerza, obligándome a aceptar su peso, sus manos eran las manos de Gustavo que recorrían palmo a palmo mi cuerpo, su lengua era la lengua de él que hurgaba cada sitio de mi cuerpo y más allá, cuando las velas oscilaban por el viento y todo estaba impregnado con su sensualidad y su destreza de amante. En esa tarde lejana no estaba yo con Marcela, estaba con Gustavo, dándome la mano y mirándome con sus ojos azules y cristalinos y al salir del hotel, caminando por unas calles sucias y mientras tratábamos de sortear el agua de la lluvia que seguía su ritmo persistente, sintiéndola pequeña y protegida entre mis brazos, con las luces de la ciudad, con el vértigo que tanto extrañaba, con todos esos ruidos rodeándonos, sabía que mi destino se estaba barajando de manera confusa y que nuestras cartas estaban echadas a un azar tan incierto y desordenado y que yo estaba llegando al borde mismo del abismo y que si me lanzaba ya no podría haber retorno, ninguna posibilidad de salvación.

El tiempo siguió avanzando. Yo lo notaba porque los libros, los cuadernos, la ropa del liceo y los exámenes fueron cediendo paso a otras preocupaciones; porque Marcela engordaba y era preciso adoptar una decisión definitiva, especialmente porque entonces mi ansiedad lejos de desaparecer iba en aumento a pesar de los besos y las caricias melancólicas de Marcela, una ansiedad que durante las noches me hacía estar insomne, sudando helado, estar como sobresaltado ante cualquier ruido y vagar de delirio en delirio con un solo puerto: Gustavo.

Sólo una vez reencontré a Gustavo, muchos años después, sin lograr evitar que a pesar del tiempo transcurrido, retornara la misma ansiedad y el desconcierto se apoderara otra vez de mi existencia. La oportunidad se presentó una noche en que Marcela y yo habíamos ido a un cine del centro. En la oscuridad yo miraba sin poder concentrarme cabalmente un drama que me era ajeno. A mi lado, casi imperceptible, Marcela suspiraba callada por el niño que ella había despedido veranos antes y que había regresado transformado en un hombre desconocido. Yo también suspiraba, tratando de encontrar la serenidad y mi entusiasmo. Entonces, vaya a saber por qué o cómo, mis ojos se deslizaron en la figura de un hombre que estaba sentado unas butacas más adelante. A pesar del lleno de la sala y de la semi penumbra que nos inundaba, pude ver perfectamente la figura de Gustavo, su cabello, su piel pálida, sus rasgos tan finos, sus ojos azules y cristalinos. Cada gesto suyo, cada uno de sus movimientos era una lanza que se hundía en mi interior, era un grito clamando por estallar, por salir de mi garganta, por liberarse de esa presión que no me dejaba ni respirar. La primera reacción que tuve fue la de levantarme, sin más aviso, saltar a su encuentro, explicarle que todo seguía igual dentro de mí, preguntarle tanto, por tantos detalles que me seguían angustiando hasta ahora, decirle que a pesar de los años y de nuestra separación todavía podíamos reiniciar nuestros juegos, nuestros exquisitos primeros juegos de tambores, de velas encendidas y de ritos nocturnos, pero no lo hice, no pude hacerlo, porque algo debí transmitirle a Marcela quien, de pronto, me cogió la

PRIMEROS JUEGOS

mano, nerviosamente, con un temor verdadero ante algo que ella intuía pero que no alcanzaba a vislumbrar de qué se trataba, que sabía perfectamente que era un temor fundado en fuerzas ante las cuales ella no podía siquiera tratar de luchar. Y al terminar la exhibición, al encenderse completamente las luces, mientras tratábamos de avanzar en medio de las personas que se agolpaban en los pasillos, mientras buscábamos salir de esa sala atestada de gente desconocida, Marcela seguía cogida de mi mano y fue entonces cuando, por fin, nuestras miradas se cruzaron y yo pude leer en tus ojos cristalinos y azules el sello delator, el gesto apenas disimulado, el brillo maravilloso y lejano que encendió tus pupilas y que trató de adquirir fuerza pero que luego se replegó. En medio del forcejeo, de la gente tratando de salir, del desorden habitual después de una función colmada de asistentes, en ese instante la mano de Marcela se desprendió de la mía y yo quise, no sé, extenderla hacia la tuya Gustavo, levantarla pidiéndote que me condujeras por favor fuera de ese recinto para irnos en medio de la noche por los roqueríos, que me condujeras hacia las velas y los tambores y hacia el perfume de tu piel fragante que me excitaba y dominaba por completo, mientras la gente nos empujaba, nos zarandeaba, nos acercaba y alejaba al mismo tiempo, quise entonces que tú me dijeras: ven, acércate muchacho, vamos, amparados por las sombras, avancemos entre las rocas, aprovechemos que ahora estamos apenas iluminados por la luz de la luna, tam-tam, tam-tam, tam-tam, pero rápidamente ella me volvió a coger de la mano, alterando la posibilidad y el recuerdo, cercenando la posibilidad, mutilando para siempre la esperanza, derribando el puente que me conducía hasta ti, Gustavo querido, y yo la odié, por primera vez la detesté profunda, sinceramente, sabiendo en ese preciso instante que el resto de mi vida estaría consagrado a recuperarte Gustavo, a través del recuerdo de esa noche, con tu aroma inseparable que estaba allí delante de mí, a unos pocos metros, mirándome, provocándome, dándome las instrucciones finales para el juego. Y la mano de Marcela estaba tan fría como cuando el civil y después un sacerdote nos advertían de la importancia de ese vínculo sagrado que estábamos contrayendo y que quedaba simbolizado en las argollas, delante de unos pocos parientes que lloraban no sé de qué. Y esa mano fría no me soltó más porque sentía miedo, miedo y desolación, y continuó siendo fría hasta ahora, cuando me remece y me pregunta si quiero algo, un vaso de leche, un poco de té y yo le sonrío lejano, ausente, y le digo que no, que deseo estar un momento solo, que la tarde está tan agradable y así puedo descansar unos minutos y sólo le pido que te cuide a ti, que se preocupe de ti, pequeño Danilo, de tus sueños y tus pesadillas, porque estás todavía muy indefenso y en las calles andan los hombres malos, con sacos negros a sus espaldas, dispuestos a robarse a los muchachos y tú me sonríes, lejana también y te apartas, comprendiendo que la tarde está ideal para la siesta, que hay que cuidarte a ti, Danilo querido, que es preciso cerrar los ojos para que no regrese el pasado. Y tu foto, querido Gustavo, tu foto, nuestra foto, se queda aquí, en mi mano y luego se aproxima a mis labios que la besan y desde allí desciende hasta situarse cerca de mi corazón que late con fuerzas esta tarde, aceleradamente, y allí descansa hasta que pase la tarde, hasta que vuelvas a entrar tú, lleno de energía, de

PRIMEROS JUEGOS

tierra y de juegos en el cuerpo, haciéndote hombre a golpes y porrazos en una calle cualquiera y me hablas de un montón de cosas, olvidado por completo de ese joven de ojos azules y cristalinos, vestido enteramente de blanco, grabado para siempre en una fotografía, que encontraste entre mis papeles perdido en alguno de los muebles en desuso del desván o quizás dónde. Y yo cierro los ojos, sintiendo la brisa fresca de la tarde y me levanto y camino con suavidad, tratando de no hacer ningún ruido, avanzando expectante y logro llegar hasta el mirador que da hacia el mar azul, hacia esa playa enorme de arenas blancas que se pierde en la lejanía y busco con desesperación la cabaña y trato de escuchar otra vez el sonido febril de los tam-tam y anhelo verte, claro, pero tú no estás ni estarás otra vez conmigo hasta que Danilo, alguna tarde me vuelva a preguntar, quién es el caballero de la fotografía, ése que lleva puesto un gorro blanco y me tiene abrazado y yo tenga que inventar tantas cosas, tantas historias. Como ahora, como siempre.

PRIMEROS JUEGOS

Víctor Bórquez Núñez

Inscripción: N° 70.012

Primera edición impresa en agosto de 1988

**Editorial ALFA Ltda.
Avenida Italia 1898 - Ñuñoa
Santiago - Chile**

Todos los derechos reservados.

Correo del autor: victormborquez @ gmail.com